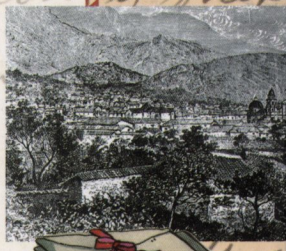


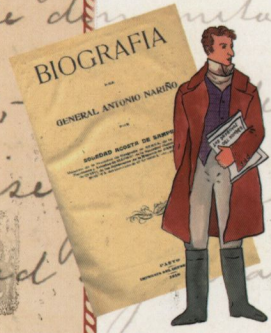
esta, inquieta, desazona, así es que  
gran mayoría de las poblaciones e  
en las de las volaciones y mes  
Todo Cor  
bien que el  
hurrio sin que hubiese en  
que Barbara realmente la  
Lal gust de  
nia. y de "Bajo la bandera"; de una  
ba de de mnta que arrojaron cau  
ñaño, del domicilio del mis  
Grevise e queros de sin  
ad a, Paris gozo a quiete  
Los descompados se queros en sus pasos



Carolina Alzate

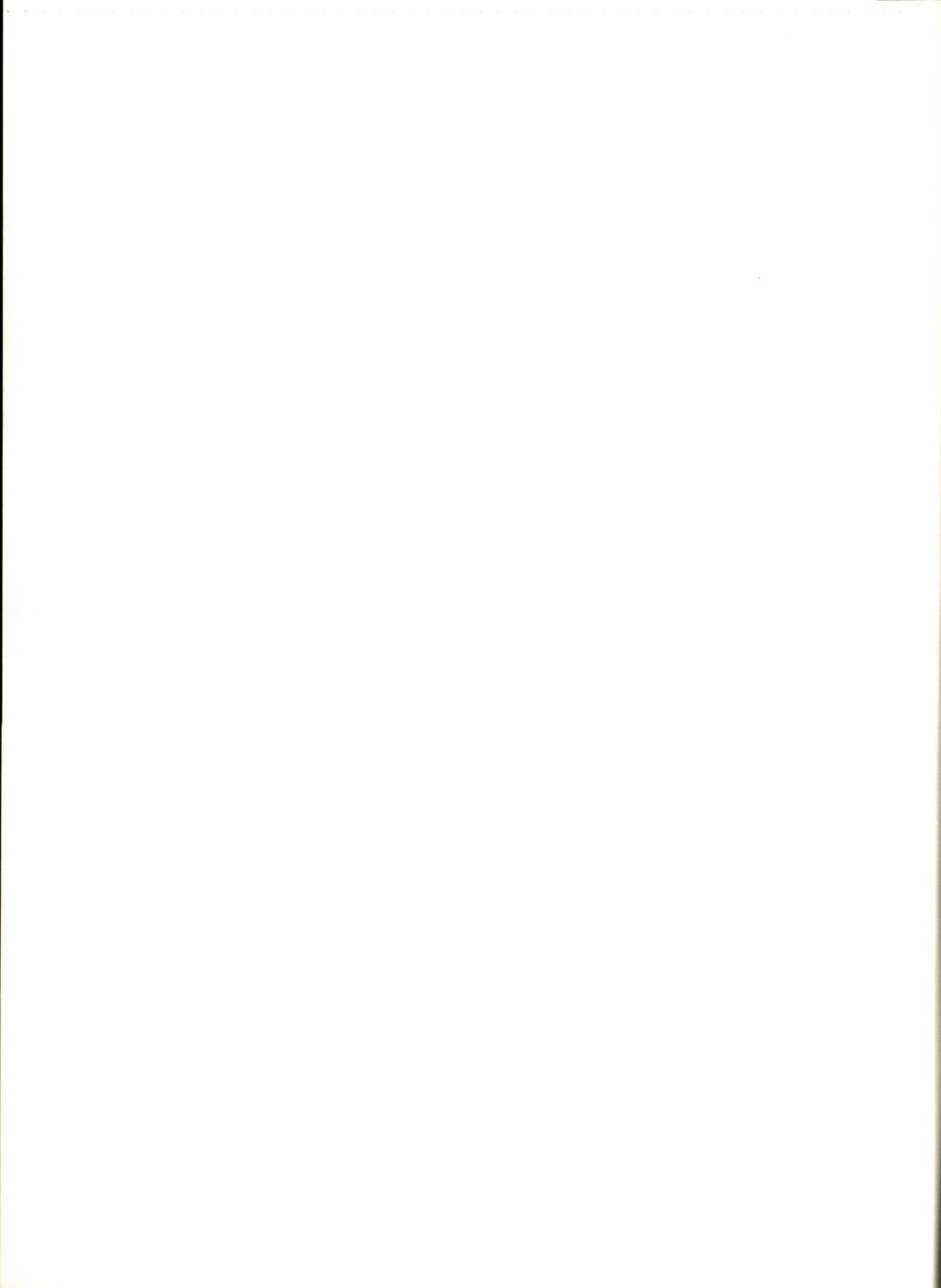
SOLEDAD ACOSTA  
DE SAMPER  
UNA HISTORIA  
ENTRE BUQUES  
Y MONTAÑAS

Ilustraciones  
Juanita Isaza



0925

COLCIENCIAS



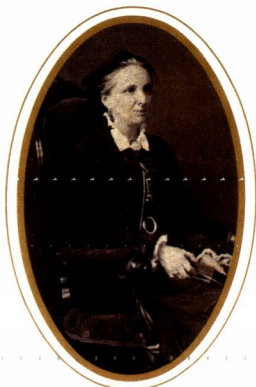


201  
00925

Carolina Alzate



# SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER



## UNA HISTORIA ENTRE BUQUES Y MONTAÑAS

Ilustraciones  
Juanita Isaza



COLCIENCIAS



Director: Margarita Garrido

Subdirector de Programas Estratégicos: Jesús María Álvarez Gaviria

Jefe División, Comunicación y Cultura: Darío Sánchez Posso

Dirección editorial: Julia Patricia Aguirre Guzmán

Diseño: Vinculos Gráficos - Ana Milena Piedrahita

Ilustraciones y fotomontajes: Juanita Isaza

Preprensa electrónica: Fitolito Cárdenas

Impresión: Panamericana Formas e Impresos S.A.

© Carolina Alzate

© Derechos reservados: Colciencias

Transversal 9A Bis No. 132-28

Teléfono: 216 9800

Fax: 625 1788

Bogotá, D.C.,

Correo electrónico: [info@colciencias.gov.co](mailto:info@colciencias.gov.co)

[Http://www.colciencias.gov.co](http://www.colciencias.gov.co)

Colombia, Suramérica

Primera edición: Junio de 2003

ISBN: 958-8130-36-0

Impreso en Colombia - Printed in Colombia



Para Montserrat Ordóñez.  
A su memoria,  
a su trabajo.

Para Felipe y Emilio, mis hijos.



## AGRADECIMIENTOS

Conocí a Soledad Acosta gracias a Montserrat Ordóñez, quien después de darme a leer algunas de sus novelas me invitó a participar en una investigación sobre la autora que estaba por comenzar. Ella me dio acceso a este maravilloso personaje y al mundo del siglo XIX colombiano que su obra permite conocer en varios de sus importantes aspectos. Esta es apenas una de las cosas, tantas, que debo a Montserrat.








Agradezco también a las personas que en diferentes momentos participaron con Montserrat y conmigo en las distintas etapas de la investigación sobre Soledad Acosta, entre los años 1998 y 2002. Aunque la investigación no se hizo pensando en este libro, las personas que participaron en ella son parte integral del mismo: Beatriz Restrepo, María Victoria González, Yamile Silva, Bibiana Camacho, Natalia Ramírez y Enrique Ordóñez. La pasión y el rigor del trabajo de todos ellos están en estas páginas. Agradezco también a tantas personas que han investigado y están investigando sobre nuestro siglo XIX y a las que han estudiado la obra de Soledad Acosta. Todos sus trabajos me han sido de gran utilidad.

Agradezco finalmente en Colciencias a Mauricio Nieto y a Julia Patricia Aguirre, por haberme propuesto la escritura de este libro y por darle espacio a esta importante escritora entre sus publicaciones. Para mí ha sido un gran reto y un enorme placer escribirlo. Espero que algo de este placer haya quedado traducido en las páginas del libro.

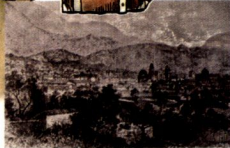
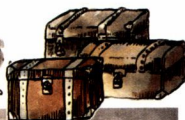
Bogotá, mayo de 2003



## CONTENIDO

UNO	
Un buque de vela	5
DOS	
Sobre ejércitos y conventos	17
TRES	
El Barrio de la Catedral	25
CUATRO	
A contar historias	41
CINCO	
Tiempos difíciles	57
SEIS	
Ciudadano Presidente	63
SIETE	
Ochenta años	71

# UNO



## UN BUQUE DE VELA

**P**asó hace mucho tiempo, o tal vez no tanto. Bogotá era tan chiquita que la gente cuando iba a Chapinero se quedaba a dormir allá. Bogotá era Santafé y Chapinero no quedaba todavía en Bogotá; luego la ciudad creció y la gente que tenía con qué se fue a vivir a Chapinero, y eso que sólo había crecido unas cuarenta cuadras hacia allá: como no había carros las distancias no eran lo que ahora; casi no había siquiera coches de caballos porque no había tampoco caminos dignos de llamarse así y unos caballos furiosos y maltratados lanzaban, cada dos por tres, a los pasajeros con coches y todo a unas zanjias frías y llenas de agua y hasta ahí llegaba el viaje. Al menos eso es lo que dice José María. Sin embar-





go, de alguna manera la gente iba y venía, no sólo entre Santafé y Chapinero, sino también entre la ciudad y Honda, llegando a veces hasta Barranquilla, Nueva York o Londres, con el mismo entusiasmo y tenacidad de los caballeros españoles que se empeñaron en fundar una ciudad a estas alturas, vivir en ella y gobernar desde aquí; no poca cosa fue la que heredaron los señores de la República. “Podría decirse, sin exagerar, que vivir en Bogotá es como vivir en otro planeta”, decía José María: “a más de doscientas leguas del mar, sin caminos, rodeada de despeñaderos”...

De todas maneras Bogotá fue la capital del Nuevo Reino y después de la República de la Nueva Granada y de los Estados Unidos de Colombia y lo ha sido del país desde entonces. De todas maneras, o por eso, aquí pasaban muchas cosas, muchas de ellas interesantes y todas importantes, por buenas o por malas, para el desarrollo de la República. En el tiempo del que hablo, la República estaba recién nacida: Colombia no ha existido siempre y en ese momento comenzó a tratar de ser. Los viajeros extranjeros trataban de llegar a Bogotá y llegaban; Humboldt, por ejemplo, hizo escala en Guaduas cuando venía para Bogotá y Guaduas era una ciudad importante. En Guaduas fue donde Soledad conoció a José María, el otro, José María Samper Agudelo, no Cordovez Moure el de los cuentos de despeñaderos. Después cambiaron las rutas de los caminos, vino el avión y la relación entre las ciudades cambió: muchas quedaron medio olvidadas sobre caminos por los que casi nadie volvió a pasar. Los muchachos de fuera de Bogotá también trataban de llegar a esta ciudad y llegaban: venían a estudiar en colegios y se quedaban luego en la universidad; muchos se convertían en escritores, periodistas, senadores, presidentes, editores, impresores y directores de colegios. Muchos de los periodistas eran también senadores, presidentes, profesores y escritores. No eran tantos y hacer lo uno llevaba a lo



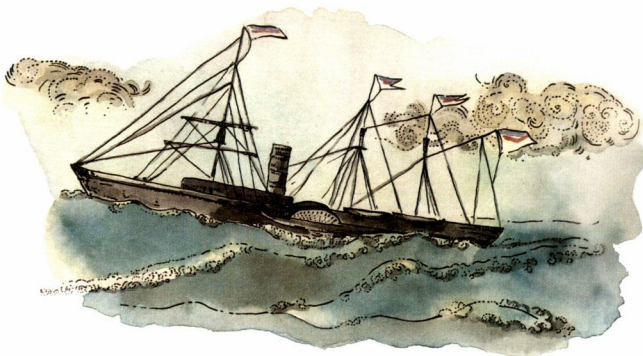


otro. Entre estos jóvenes llegaron, por ejemplo, Jorge Isaacs, que venía del Cauca, cuando el Cauca iba desde Panamá hasta Nariño y cuando Panamá era todavía Colombia. Y también José María, los dos.

Soledad también hizo ese camino a Bogotá, pero porque antes lo había hecho hasta Canadá y hasta Europa, con sus padres, porque ella nació en Bogotá, en 1833. Muchas veces hizo ese camino de ida y vuelta. Tal vez nunca fue del todo de este “otro planeta” en el que vivió tantos años y por el que tanto trabajó y al que quiso tanto. Le gustaban los viajes, le gustaba saber que había diferentes maneras y que las cosas podían ser y eran de otros modos. Le gustaban mucho los barcos. No tenía hermanos y sus padres, aunque eran amorosos, eran mayores y eran serios: desde niña fue una persona seria y reservada, muy atenta a lo que pasaba fuera de ella y lista a soltar comentarios agudos e inteligentes y a veces divertidos. Sus tatarasobrinos, que viven en Bogotá hoy, 14 de abril del año 2002, que tal vez almorzaron ajiaco y ahora están haciendo siesta, porque es domingo, recuerdan que sus bisabuelos le decían “la tía cuchillo”, con una sonrisa cautelosa. Hay cartas de ella en el Gimnasio Moderno de Bogotá, en un archivo, pero el único diario que escribió, cuando tenía veinte años, se perdió (¿alguien lo ha visto?). Le encantaban los barcos. En 1850 se embarcó en el puerto del Håvre de regreso a Nueva Granada (ya no el Nuevo Reino, y todavía no Colombia) con su padre y su madre; él era historiador, geógrafo y diplomático y porque era General de la guerra de Independencia se lo conocía y conoce como el General Joaquín Acosta. Su madre era escocesa y de la mezcla de científico y anglosajona resultó una niña fuera de lo común en este otro planeta: una niña que sabía escribir, no sólo deletrear, que podía tocar piano y pintar con acuarelas, pero no sólo eso. Cuando miró hacia mar abierto, en el Håvre, pudo ver un horizonte en el que ya se veían más barcos de vapor que de vela; pensó que la vela era poéti-



ca, bella e incierta y que el vapor era la prosa de la civilización que comenzaba, con su comodidad y velocidad. Brincó de un risco a otro y se despidió de Europa. Iba a cumplir diecisiete años y hacía cinco que había salido de su país. A los barcos de vela había que desearles buen viento, los de vapor supuestamente se liberaban del capricho de los vientos, de esos vientos que en los mapas de Colón eran tan caprichosos y tan personajes que tenían rizos y cachetes, de esos vientos que en la *Odisea* tenían nombre de persona y a los que se les podía rogar o encerrar en cavernas. Se embarcaron en un buque de vela, y mientras sus compañeros miraban con curiosidad las escenas del embarque, ella se hizo a un lado y vio cómo se separó el buque lentamente de la orilla y poco a poco desapareció de su vista el muelle cubierto de gente, las casas, las torres, las rocas, los faros, hasta que las costas se hundieron en el horizonte y sólo la rodeó un agua que se fundía con el cielo en la lejanía. A los dieciséis días de navegación ya iban acercándose al trópico y la temperatura y los olores comenzaban a recordarle su infancia; un punto lejano, tal vez un barco, se hizo cada vez más grande y se convirtió en barco: un barco francés que venía de la India por el Cabo de Hornos y que quería noticias de lo que estaba pasando en Europa







porque ino sabían nada desde hacía casi un año!... Pero a nadie le extrañó. Simplemente conversaron y les regalaron algunos periódicos. Muchas veces, a la hora de la siesta, se quedaba sola en la cubierta viendo una incomparable belleza de cielo, agua y luz, el agua rizada a veces por un viento suave, los peces que parecieron tan extraños a Colón. Gracias a que iban en buque de vela y no en vapor, le tocó presenciar tal vez la última ceremonia centenaria de los barcos que cruzaban la línea del trópico. Esto fue venticinco días después de haber zarpado. Un marinero se disfrazó del dios del trópico y el Capitán le “entregó” el mando; después de algunos divertidos discursos, el séquito, siguiendo órdenes, tomó por cuenta propia a los pasajeros que no habían cruzado al trópico, les cortó las barbas, les untó la cara de alquitrán y les dio un buen baño salado; esto a los hombres, porque las mujeres con un poco de agua quedaron bautizadas. Soledad y su padre, americanos al fin, se salvaron; y doña Carolina, su madre, por fortuna ya no era nueva en estas tierras. Un semana después divisaron tierra firme, llegaron a Martinica: comenzó siendo una cadena de nubes que se extendían entre el mar y el cielo. A los tres días pudo ver la Sierra Nevada de Santa Marta: más nubes, pero si se miraba con cuidado, las más altas eran como de plata bruñida. Era el día de Santa Marta y hacía más de trescientos años había entrado a la bahía Rodrigo de Bastidas. Y había que descansar, porque todavía tenían que llegar a Barranquilla y faltaban al menos dos semanas de vapor por el río Magdalena, y varias jornadas más a lomo de mula. Su madre Carolina había navegado el Magdalena por primera vez hacía cerca de veinte años, recién casada con Joaquín y acompañados ambos por el General Santander que venía con ellos desde Washington a posesionarse como Presidente y era el padrino de bodas... El mundo era un pañuelo. Y los mismos niños a medio vestir y pobrísimos los ayudaron a bajar del barco, o los hijos de esos que eran niños veinte años antes.





A Soledad le decían Solita, y solita vivía. En Bogotá era peor porque era la rara. Su retraining y seriedad pasaban por antipatía. Volvía de París después de haber estado fuera de Bogotá entre los doce y los diecisiete años. Eran años importantes, ¿no son esos los años en que uno hace los mejores amigos de la vida? Son los años en que entre jugando y en serio definimos nuestros gustos, conocemos a las personas y sabemos sin saberlo con quien podemos hablar de lo que nos gusta y con quién podemos estar sin necesidad de hablar mucho. A lo mejor ella tuvo alguna amiga así a quien tuvo que dejar, o se imaginó una que nunca tuvo pero con la que siempre conversó. Aprendió a hablar con los libros y de libros, y acabó escribiendo muchos libros en los que la gente conversaba, se contaba historias y se escribía cartas. Miraba y escuchaba con atención. Bogotá le gustaba: los cerros pelados no eran tan bonitos como los del valle de Guaduas, pero le gustaba el aire frío y transparente. Salía a caminar, y muchas veces acompañaba a Joaquín al Observatorio o al Museo Nacional (él fue director de ambos). Los niños iban al colegio, pero las niñas se quedaban en la casa aprendiendo con la mamá “la vida práctica y hacendosa del hogar”. Carolina le enseñaba eso pero también otras cosas más; ella y Joaquín estaban empeñados en que Solita recibiera una educación a la altura de la de los muchachos de su edad, una educación bastante rara en la Bogotá de la época. Ella llegó a ser una mujer importante, es decir, conocida por ejercer de manera seria y rigurosa el oficio de la escritura; José María, el joven con el que se casó después, sus cuñados y amigos, fueron todos importantes, y todos escribieron memorias, autobiografías, y dejaron sus papeles organizados para que sus hijos después escribieran sus historias. ¿Por qué Soledad no escribió nada así? Ella que tanto escribió, ¿porqué no escribió aunque fuera unas hojitas para que yo no pasara ahora tantos trabajos tratando de contar su historia? Ahora me toca leer en todas partes para intentar rastrearla donde no es seguro



que estuviera; a la larga es divertido y de alguna manera yo soy una de sus hijas y en muchas partes ella ha dejado huellas para mí. “Madre de la patria”, ¿eso existe?, no puede ser que haya sólo “Padres”.

Pero estamos en Bogotá y ella tiene diecisiete años, no conoce a casi nadie, lee mucho y recibe las visitas con Joaquín y Carolina. Su casa es un lugar importante de reunión y su padre es un hombre conocido y respetado como sabio y patriota. No era del todo raro que varias de la mamás de las niñas que conocía no supieran casi escribir. A ella la aterraba. Su misma suegra, la señora Samper, aprendió a escribir cuando José María tenía diez años para poder escribirle cartas cuando se fuera a estudiar a Bogotá:

—Le enseñaron a leer libros para que pudiera aprenderse oraciones y conocer vidas de santos, pero no le enseñaron a escribir, porque la escritura podía ser pecaminosa, ni a leer cosas escritas a mano, para que no pudiera leer cartas ni billeticos de amores —contaba José María.

Afortunadamente a la hermanita de Pepe, Agripina, que era dos años menor que Soledad, sí la mandaron al colegio, al provincial de la Merced. Cuando fue poeta se cambió el nombre a Pía Rigan, pero nunca fue muy amiga de Soledad, quién sabe por qué. La diferencia era que al señor Samper no le sonaba para nada que su niña escribiera, y fue José María, su hermano adorado, el que le ayudó a perderle miedo.







Soledad tenía unas primas en Bogotá. Se veía con ellas a veces para practicar las partituras de música para piano que regalaban con los periódicos y para hacer dulces; a veces salía con ellas a escoger telas para vestidos y se inventaban algunos cortes con los figurines que habían traído de París. Pero a muchas de ellas casi no las dejaban leer novelas, sólo leían unas tan horribles que le daba pereza

hasta a María, la de El Paraíso, y eso que ella era bien obediente y calladita. Aunque Soledad estaba contenta con sus primas prefería que no fueran muy seguido; le gustaba quedarse devorando la gran biblioteca de Joaquín:

“Las palabras ajenas eran mi refugio, mis ecos, mis referencias secretas. Leía sola y mi mundo se dilataba, desarticulado, lleno de las telarañas que se apoyan en la vida y que no son la vida”, escribió mucho después en el diario. Es que le impresionaba que las novelas extranjeras que leía, aunque le enseñaban a esperar más de la vida de lo que tenía en frente, hablaban de cosas tan diferentes a las que la rodeaban que no se animaba a recomendárselas en serio a casi nadie. Tal vez ese día fue cuando pensó por primera vez que le gustaría escribir novelas. No sólo de ahí le vino la idea: en Bogotá mucha gente estaba escribiendo,





había montones de periódicos: los jóvenes se sentían, con razón, estrenando país, y querían escribir sobre él y para él, para construir un mejor futuro. Pero lo que abundaba eran los cuadros de costumbres y Soledad quería historias.

Tal vez su prima favorita era una que vivía en Guaduas. Su casa tenía un gran balcón que daba sobre la Plaza Mayor, y por las tardes se sentaban en mecedoras a recibir la brisa que venía del lado del río. La familia iba con frecuencia a la casa de esta hermana de Joaquín; él mismo era de Guaduas y había donado grandes terrenos para construir escuelas. El día que Soledad vió pasar a José María a caballo frente al balcón, ya su padre había muerto y ella tenía ventiún años. Soledad lo conocía desde antes, por sus poemas y por los artículos que publicaba en los periódicos; eran artículos políticos en los que defendía el proyecto del liberalismo radical y a Carolina le daban un poco de desconfianza. Parece que Joaquín sí había predicho el matrimonio de Pepe y Solita. Como pasaba en la época, y tal vez pasa todavía, sus ojos se encontraron y en ese momento se lo dijeron todo. Pepe era un hombre guapísimo, creo yo, que se fue poniendo más y más buen mozo con los años; algunos de los grabados que hicieron de él son medio feos, pero las fotos son otra cosa... De Soledad hay una foto muy linda de cuando joven, de la época en que conoció a Pepe; es la foto que menos se conoce. De mayor se ve también una mujer hermosa, aunque en el óleo que hay en la Academia de Historia no se ve bonita pero sí furiosa: es un óleo de ella sentada con un fondo de libros atrás, típico fondo para los pensadores de la época; a lo mejor de ahí le viene la seriedad y la feúra al retrato, a lo mejor el pintor sin saberlo estaba tratando de demostrar la verdad de un dicho de la época: "mujer que sabe latín, ni consigue novio ni tiene buen fin". Supuestamente, las que se dedicaban a estudiar era por feas, y por eso, o por las dos cosas, no conseguían novio: en el siglo XIX era difícil imaginarse un peor fin. Solita era bonita, inte-



ligente, se casó con un muchacho inteligente y guapísimo, tuvo cuatro hijas y escribió mucho. Pero no nos adelantemos.

Estábamos en Guaduas y Pepe pasaba a caballo. ¿Por qué empieza uno siempre por la historia de amor?

—¿Quién es ese muchacho que te saludó?

—¿Cuál?, todos nos saludaron...

—El que tiene patillas y bigote, el de ruana negra y sombrero de cinta ancha...

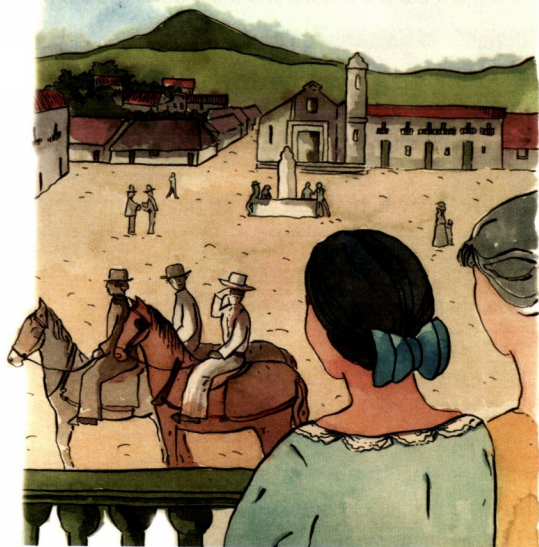
—¿... ?

—El del caballo grande, castaño... —insistió Soledad.

—Es Samper.

—¿Samper el poeta?

—Ajá —le dijo la prima.







Al día siguiente Pepe fue a la casa de la prima de Solita con el pretexto de saludar a la familia. Ya había averiguado con su hermana quién era la muchacha del balcón: “¡Estoy enamorado!”, entró diciéndole a Agripina; y que conste que esto lo dice él textual en sus memorias. “Estando en la casa fui presentado a la señora viuda del General Acosta, dama inglesa de las más bellas prendas y el más delicado trato. Aunque tenía los cabellos ya casi blancos y cumplidos los treinta y nueve años, estaba en el esplendor de su hermosura de matrona llena de vida y de frescura y su conversación era digna de una cultísima dama”. ¿Matrona de treinta y nueve años?: no sólo las distancias, itambién las edades eran otra cosa en esa época! Y pensar que Soledad iba a vivir ochenta años... Ahora tenía sólo veintiuno y Pepe venticuatro. Así la vio ese día:

“Tenía el talle elegante, los ojos muy vivos, de mirada profunda y expresiva, la frente amplia y magnífica, un aire que tenía no sé qué de arábigo, con manifiestos signos de fuerte voluntad, energía y reserva, y en toda la fisonomía una gran cosa que se revelaba patentemente: el *alma*, movida y agitada por el sentimiento del *ideal*...”. Samper era un romántico, a la manera de Werther, claro, no a la de los cantantes de hoy. Romántico significaba no conformarse con lo que se era y con lo que era el mundo alrededor, sino tratar de cambiarlo pensando en fuertes ideales alejados del sentido inmediato de lo práctico y de lo utilitario. Sentir pasión y tener capacidad de soñar.

Eran las fiestas de Guaduas y había bailes. Aunque a Pepe le encantaba bailar la noche entera sin descanso, decidió bailar sólo dos veces en cada baile y ambas con Soledad: el primer vals y una contradanza española. Fue la manera de declararle su amor. Tal vez ella tampoco bailó con nadie más.



*Aquí apartados, solos,  
sin otros pescadores,  
suavísimos amores  
feliz te diré.*

*Y en esos dulces labios  
de rosas y claveles  
el ámbar y las mieles  
que vierten, libaré.*

En los descansos algún invitado cantaba mientras otro tocaba el piano. Esta era una canción de moda en esos días: Joaquín Guarín le había hecho música a un poema de Espronceda, un autor romántico español. Los pescadores parece que sí se podían decir sus amores, ¿pero quién no ha dedicado una canción de amor? Labios y mieles en medio de tanto recato..., ¡quién lo creyera!



# DOS



## SOBRE EJÉRCITOS Y CONVENTOS

**L**a siguiente vez que se vieron fue en Bogotá, donde Soledad y su madre vivían. Pepe las visitaba de vez en cuando, mucho menos de lo que quería pero justo lo que la urbanidad permitía. Empezó a hacer en secreto un álbum de poemas y dibujos para ella, y se lo entregó cuando salía de Bogotá durante la dictadura del General José María Melo.

Era abril de 1854. Cuando doña Carolina, Soledad y otras muchachas salían del sermón del Viernes Santo, a eso





de las diez de la noche, encontraron a la salida de la Catedral un grupo grande de hombres de ruana que murmuraban en contra de los conservadores y de los liberales radicales, todos amigos de la familia. Eran artesanos que antes habían sido amigos de los radicales pero que ahora estaban en malos términos. Toda la Semana Santa había estado tensa. La ciudad estaba llena de carteles: “¡Trabajo o muerte!”, “¡Pan y trabajo, o muerte!”. Los muebles, los paños y trajes de importación libre tenían sin trabajo a los artesanos, nuestros primeros industriales, zapateros, sastres, herreros. Se murmuraba que el General Melo, oficial de la independencia y comandante del ejército de Cundimarca, estaba planeando clausurar las sesiones del Congreso. Doña Carolina mandó llamar a algunos de los amigos de la casa para contarles que parecía que Melo estaba planeando algo para el lunes siguiente. Pepe era Secretario de la Cámara de Representantes.

—Eso fue por asustarlas —dijo Federico—, yo no creo que vaya a pasar nada. En guerra avisada no muere gente...

—Y cuando el río suena piedras lleva —dijo una de las muchachas.

—En prueba de lo que les digo, mañana en vez de irme para la finca me voy a quedar aquí.

—No sea imprudente —le dijo Carolina.

—Ni se exponga sin necesidad —añadió Solita preocupada—. Piense en la gente que lo quiere y que lo necesita.

—¿A quién le haría falta yo, Solita?

—Piense en su mamá, en sus hermanas...—contestó distraída mirando hacia el portón de la casa.

Pepe estaba entrando a la sala, y Federico notó la ternura y la alegría que se habían pintado en los ojos de Soledad. Decidió irse temprano de Bogotá:



—Tienen razón, nada me detiene aquí y mis negocios no me permiten andarme en quijetadas inoficiosas.

—¿Y qué es lo que pasa? —preguntó Pepe.

Carolina le contó, y la prima de Soledad le sugirió que se fingiera enfermo para no asistir al Congreso y que se fuera para Ambalema, al menos mientras las cosas se aclaraban un poco.

—Aunque estuviera muriéndome —contestó—. En estos momentos todos debemos rodear nuestra bandera y defender la Constitución. ¿Qué piensa Solita? —le preguntó mirándola. Ella adoraba ya el entusiasmo de esos ojos.

—A mí me acaba de decir que debo salir de Bogotá cuanto antes —dijo Federico.

—¿Lo mismo debo hacer yo?

—De ninguna manera —contestó ella—. Con Federico es diferente, porque no tiene compromisos políticos.

Dicen que en ese instante a Pepe su Solita le pareció la personificación de la Patria. Tal vez ya había visto el cuadro de Delacroix en grabados. Ese cuadro iba a salir otra vez en el último capítulo de *El siglo de las luces* (del cubano Carpentier), un siglo después, a propósito de otra mujer, Sofía, la más amada.

Pepe y Solita no intervinieron más en la conversación, y los otros discutieron sobre lo que debía hacerse, sin acabar de decidirse. Tal vez convenía no salir a la calle, al menos. Se fueron como a las doce. Toda la noche se oyeron vidrios rotos y gritos de viva Melo. El domingo por la noche las familias se encerraron en sus casas, se trancaron y guardaron bajo llave. Las despertaron los cañonazos. Cuando Soledad y Carolina se asomaron para ver, todavía no había aclarado del todo, y vieron a



todos los vecinos asomados también sin atreverse a salir. Un hombre que volvía de la plaza les contó que habían rodeado las casas de todos los senadores y representantes:

—A unos se los llevaron presos, otros se escaparon.

Las dos se pusieron pálidas. Como vivían al lado del palacio presidencial, vieron asomado a la ventana a uno de los secretarios del presidente Obando.

—¿Es que ya estalló la revolución? —le preguntaron.

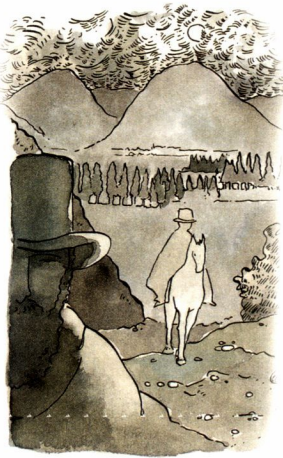
—Eso parece —y cerró la ventana como para que no le preguntaran más.

Las señoras mandaron a las muchachas para el convento de Santa Clara, para que estuvieran protegidas en caso de que las cosas se complicaran. Al final resultó que no hacía falta, pero ellas ¿qué iban a saber?

Y al convento fue a dar Solita con su prima y con muchas amigas y conocidas. Pero antes de entrar al convento Soledad supo que Pepe había logrado escaparse la noche anterior antes de que rodearan la manzana de la casa en que vivía. Pepe le mandó con la tía Lucía el álbum que le había estado haciendo, y antes de irse de Bogotá supo que había sido bien recibido. Ese álbum fue el compromiso:







—Que Dios te lleve con bien, y vete *tranquilo* por lo que *esperas* y *deseas* —le dijo la tía entre maliciosa y preocupada.

Él estuvo varios días escondido, hasta que finalmente escapó de noche de la ciudad, con su amigo Salvador Camacho Roldán. Se fueron por Los Laches, salieron a Pasca y de ahí fueron a Santa Rosa. José María siguió para Honda, donde vivía su familia, y Camacho para otro lado.

Soledad se mantuvo al corriente de lo que ocurría con la oposición, y no tuvo descanso hasta que vio entrar de nuevo a Bogotá a todos estos jóvenes, sucios, hambreados y cubiertos de harapos, pero orgullosos de haber luchado por sus ideales. Muchas son las luchas que ha habido aquí. Samper había estado en Honda y en Ibagué, donde se instaló un gobierno constitucionalista; luego siguió con parte del ejército a El Espinal, Tocaima, La Mesa. El ejército opositor a Melo había ganado una batalla definitiva en Soacha y luego se había tomado Bogotá. Entraron por San Victorino, que era la salida occidental de la ciudad. Muchos murieron, en ambos bandos. Entre los muertos estaba Joaquín Guarín, el compositor de muchos de los vales que Pepe y Solita bailaron en Guaduas, el de la canción de los pescadores; también Miguel León, herrero, y José Vega, zapatero: dos de los líderes artesanos. Soledad Acosta caminó hasta la plaza sobre charcos de sangre y entre los gemidos de los heridos, después de pasar varias noches encerrada en un cuarto con varias mujeres más, oyendo sólo el estruendo de afuera. Lloraban también las mujeres que habían visto morir a los soldados que acompañaban desde el comienzo de la campaña.





Soledad vio a Pepe en la Plaza de Bolívar desde un balcón; él la saludó con su espada: "Aquella mirada era el premio de mi campaña y mi verdadera gloria, y mi espada, más que un cortés saludo, la ofrenda toda de mi alma". Era el 4 de diciembre de 1854.

Aunque José María trató de proteger la vida de los vencidos, a cerca de doscientos los mandaron presos para Panamá y muchos murieron por el camino, perdidos en la selva, devorados por fieras o por las fiebres, ahogados. Entre los indultados estaba José María Vargas Vila, el papá del escritor. El General Melo fue expatriado y murió en México dos años después, luchando en las filas de Benito Juárez contra el imperio francés de Maximiliano.

Alguna vez Soledad escribió, pensando en esos meses de angustia: "¿De qué se habla en torno mío? Nada más que de revoluciones, alevosías, traiciones, actos de deslealtad y revueltas públicas, y esto no sólo en esta triste República, sino que el mundo entero está agitado y conmovido. Hay guerras en el Perú, en el Ecuador, en Venezuela; hay insurrecciones en España y disputas a mano armada entre Grecia y Turquía; ejércitos franceses, ingleses e italianos marchan contra Rusia, y la China es víctima de una terrible rebelión en que mueren diariamente centenares de personas... Y a esto llaman siglo de civilización y de progreso, de luces y de ilustración... Los hombres heredan el amor al combate, el deseo de gobernar a sus semejantes, y aunque bautizamos esas pasiones con los rimbombantes nombres de gloria, noble ambición, indomable amor a la independencia, la mayor parte de las veces lo que inspira al hombre es un instinto más brutal que intelectual. Todas las generaciones que se suceden sobre la faz de la tierra nacen, combaten, sucumben, se hunden y desaparecen en las nieblas de lo pasado, sin dejar más huella ni recuerdo que una lucha de rinocerontes en un bosque primitivo". No siempre fue tan pesimis-



ta, y tal vez la lucha de su vida fue contra ese pesimismo, contra el aparente ciclo repetitivo, para tratar de salir de él. En ese momento pensó que no era sólo novelas lo que debía ponerse a escribir, sino también historia.

A José María lo nombraron Director de Rentas del Ministerio de Hacienda, y fundó con los Echeverría el periódico *El Tiempo*, el 1 de enero de 1855, un periódico “político, literario y noticioso” que sirviera a la causa del radicalismo liberal. Núñez también era liberal, y Ministro de Guerra por esa época. De esos años es la amistad de los tres. Conservadores y liberales no se llamaban así, sino “teocráticos” y “socialistas”; así se llamaban unos a otros, quiero decir. Pepe visitaba todas las noches a Solita. Mientras doña Carolina tocaba el piano en el cuarto del lado, ella y Pepe leían y dibujaban en la biblioteca, se recomendaban libros, se los intercambiaban, se arrebataban la palabra entusiasmados para comentarlos.





Soledad en el convento había aprendido a entender a muchas de las monjas, y las defendió cuando fueron expulsadas de los conventos a mediados de los 1860. La vocación religiosa no la entendía, y de hecho se molestó mucho con su hija Bertilda cuando muchos años después decidió hacerse monja. Pero en los días que pasó en el convento en 1854 entendió que no todas las monjas se habían ordenado por vocación: para varias el convento era un lugar de libertad que las salvaba de ser negociadas en matrimonio, de la pobreza, o que les daba tiempo y espacio para dedicarse al piano. Fue por esa época que se interesó en Sor Juana Inés de la Cruz, la poeta y pensadora mexicana del siglo XVII que se hizo monja porque quería dedicarse a estudiar y si se casaba no iba a poder. Todo esto lo conversó con Pepe. Él admiraba la biblioteca de la casa de Soledad, y allí y con ella le dio un orden a la educación que había recibido en los colegios de Bogotá y de la que se quejaba tanto.

Se casaron el 5 de mayo, el día del cumpleaños de Solita, y fueron de luna de miel a una quinta de Chapinero. Fueron varias semanas de paseos a caballo y a pie, de composición de versos y de lectura. De ahí en adelante Soledad celebró el cumpleaños y sus años de matrimonio el mismo día. ¿Qué querrá decir eso? Mucho, en todo caso.





# TRES



## EL BARRIO DE LA CATEDRAL

**A**l año y medio de casados y cuando ya había nacido su hija Bertilda, el sirviente y las tres criadas se fueron de la casa. Bertilda no suena muy bonito, pero fue un nombre que ellos escogieron con cuidado: era un anagrama, un juego con las letras de la palabra Libertad. Los criados se fueron porque les habían dicho que se iban a condenar si seguían trabajando para un excomulgado. ¿Que qué?: pues sí, un cura condenó a José María por unos artículos contra la Iglesia que había escrito en *El Neo-Granadino*. A Pepe le parecía que los sermones católicos



eran pura superstición disfrazada, y que por eso eran funestos a la verdadera civilización y moralidad del pueblo neogranadino. El sacerdote lo excomulgó desde el púlpito, y el loco de Pepe lo “excomulgó” desde el periódico: “Nos, el redactor de *El Neo-Granadino*, por autoridad de la opinión pública y en nombre de la civilización, declaramos que el presbítero N. Cera queda excomulgado de la comunión de los hombres cultos y de sentido común. Él nos ha excomulgado desde la cátedra de San Pablo, nosotros lo excomulgamos desde lo alto de la tribuna de Gutemberg. Con lo cual, excomunión por excomunión, quedamos en paz”. Cera sí no tenía sentido del humor, y el caso es que se quedaron solos en la casa y una cuñada tuvo que comprar por ellos el pan, la leche y todo lo demás porque en las tiendas y panaderías no quisieron venderles nada. Hasta la aguadora pasó derecho y se quedaron sin agua ese día, y casi sin ropa limpia porque la lavandera no fue. Lo peor fue cuando Soledad oyó gritos en la calle y distinguió la voz de Pepe. Cera le cerró el paso por el andén y lo cogió a paraguazos, así que Pepe terminó alzándolo en peso y tirándolo al caño (es que los andenes no eran para evitar los carros, que no había, sino para no pisar el caño de aguas negras que corría por el centro de cada calle). Soledad se asomó por la ventana de su estudio:

—¿Y es que además tiene cuarto de estudio? —preguntó una señora en el chisme de la tarde.

—Y dicen que Agripina también...

Es que el asunto de tener un espacio propio para no tener que recoger todo cuando llegan las visitas y poder cerrar la puerta cuando haga falta es muy importante. Virginia Wolf escribió un libro que se titula *Un cuarto propio*, y Jane Austin se quejaba de lo difícil que es escribir cuando uno trabaja en la sala y tiene que recoger a mil los papeles para poner la





bandeja del té: después los papeles quedan enredados, no sabe uno dónde fue que paró, y seguramente no quería ni parar. Soledad fue una de las primeras mujeres de Bogotá con estudio en su casa.

Vivían al lado del Palacio Presidencial, que estaba donde está hoy el Palacio de San Carlos, al frente del Teatro Coliseo, que quedaba donde queda hoy el Colón. Era la Calle del Coliseo, y en la casa que les digo, casi en la esquina hacia los cerros, vivían ellos; hay hasta una placa, para cuando quieran pasar a verla. Hay que caminar La Candelaria. En esa época se llamaba el Barrio de la Catedral. Sólo eran ése, San Diego al norte, Santa Bárbara al sur, Egipto hacia los cerros y San Victorino hacia abajo; Las Nieves también. Los martes y los jueves eran días de mercado, en la Plaza de San Francisco; a casi nadie le gustó cuando le cambiaron el nombre por el de Parque Santander. Allá había tenido Santander su casa. En esa época no estaba ahí el Museo del Oro porque no había ningún museo del oro, y a Soledad la enfurecía pensar en todas las piezas precolombinas que se habían fundido, se fundían y se iban a fundir todavía.

El episodio de la excomunión tuvo buen fin:

—¡Yo no puedo reconciliarme con un monstruo de impiedad y herejía!

—¡Ese lenguaje es muy impropio, señor Cera! —dijo con severidad el Arzobispo.

—¡Es el que puedo usar con un blasfemo que ha ultrajado a la Iglesia en mi persona!

—Usted ha ultrajado en la mía a una familia, al Congreso y a la sociedad— le dijo Pepe aparentemente calmado.

El caso es que con la mediación del Arzobispo cada cual se comprometió a desagraviar al otro desde su respectivo “púlpito”...





—¿Y Soledad qué dijo?, pobrecita, con lo creyente que es...

—Pues creyente será, pero supersticiosa no. Y tiene las mismas ideas del marido sobre el periodismo y sobre la República...

Los criados volvieron, la aguadora y la lavandera. Y Solita pudo seguir haciendo el mercado en persona, como le gustaba, en la Plaza de San Francisco, los martes de frutas y verduras y los viernes de carne. Y leía y leía en su estudio. Nadie sabía todavía que también estaba comenzando a escribir cuentos.

Ella empezó a publicar sus escritos cuando estaban en París. Salieron para Europa en enero de 1858, cuando Carolina, la segunda hija, tenía

tres meses de nacida y Bertilda año y medio. La mamá de Soledad fue con ellos. José María quería viajar, observar y estudiar el mundo, y Soledad y Carolina querían también volver a Europa. Lo que Pepe no cuenta es cómo fue ese viaje por el Magdalena con esta niña de brazos y la otra comenzando a caminar... Gajes del oficio. Hacía siete u ocho años que Soledad había regresado a Colombia con su padre; ahora se iba sin él, y sintió un poco de nostalgia. Pero iba con Pepe, y los dos se parecían en varias cosas, en las importantes.





Hicieron tres jornadas en mula hasta Honda; eran buenas mulas, pero mulas al fin y al cabo. Allí descansaron unos días, en la casa de la suegra de Pepe, y él pudo contarle a Solita detalles de su infancia que ahora tenían sentido para ella, al ver con él el río, las esquinas, la casa de su niñez, hasta el palo de mango del que se cayó. La señora Samper estaba feliz de conocer a sus dos nietas.

Honda tenía una población de cinco mil almas y era el gran puerto de escala del comercio interior de la República. En la época colonial había sido la vida del comercio europeo, que tenía que pasar todo por ahí para llegar al Ecuador y al Perú o para salir de allá; después de la independencia, el tránsito por el istmo de Panamá y un terremoto que la redujo a escombros en junio de 1805, le hicieron perder esa importancia comercial. Ahora era sólo un lugar de tránsito que empezaba a resucitar en medio de los escombros gracias a la agricultura interior y a las ventajas que le ofrecía la navegación del río Magdalena. "Honda, la reina destrozada, se presentaba a mis ojos más triste y más hermosa que nunca, con su manto azul y sus ruinas cubiertas de parásitas. No he visto jamás una ciudad en donde estén tan bien representadas como en Honda la vida, que se ostenta en el poder de una naturaleza exuberante y espléndida y en un comercio activo, y la muerte, que parece anidarse en la soledad de las ruinas ennegrecidas por el tiempo", escribió José María en sus notas de viaje.

De Honda para abajo, el río se bifurcaba en multitud de brazos, se ensanchaba sin profundizar el cauce, escondía sus aguas entre el follaje de las selvas seculares. Salieron del puerto Bodegas en un champán, una barca toldada de palmas secas, una especie de choza flotante que los iba a llevar hasta el vapor *Bogotá*, anclado siete leguas más abajo, unos cuarenta kilómetros, único punto al que había logrado llegar. Du-





rante seis meses de verano el río no era navegable, y ahora, a pesar de que era época de invierno, el cauce no era suficientemente profundo. El champán se apartó de la playa, los remos se agitaron al compás de los gritos de los bogas, y pocos minutos después, por una vuelta que daba el río, se perdieron de vista los últimos penachos de los cocoteros de Bodegas. Toda señal de poblado desapareció, y sólo se veía la selva. Las parásitas y las enredaderas cubrían por trechos hasta la playa misma, y sobre la arena hirviente se asoleaban los caimanes, monstruos





temidos por todos los pasajeros y por los escasos habitantes de la región. En las palmeras se mecían bandadas de papagayos, y las guaduas extendían su follaje sobre el río. Hasta Bertilda, que era tan chiquita, se emocionó viéndolas.

Después de cinco horas de navegación, el champán atracó a un costado del vapor, en el puerto de Conejo; allí se observaban chozas rústicas y escasos cultivos, una población de bogas para quienes la ley era un embrollo, la civilización una niebla espesa y el porvenir, el pasado y el presente un continuo uniforme de dolor e indolencia. Al lado del poblado el lujo del vapor era una ostentación de chimeneas: “El cocotero seguía vegetando, y el vapor, hijo de la República e instrumento de la libertad, lo saludaba entre sus cortinas de humo y sus silbidos”, pensaba en raptos de optimismo nuestro joven liberal; “¡Allí estaba concretada toda la historia de la humanidad, porque esa máquina animada por el hombre era el movimiento, la fuerza, la tenacidad, el genio, la fe, la vida, el espíritu, la luz, la civilización, el progreso indefinido y eterno!”. Allí pasaron la noche, dentro del vapor anclado; fue una noche más bien fresca. El capitán era genovés, y entre los pasajeros, además de granadinos, había ingleses, franceses y alemanes. A bordo iba un irlandés muy divertido, grande y alegre, que le tomó mucho cariño a Bertilda. Cantó, bailó solo y tocó el violín y el tambor: “poco después todos cantábamos la Marsellesa, el *God save the Queen* y canciones populares de la Nueva Granada”. Era de noche, y cuando todos descansaban vino del poblado un canto de muchas voces, misterioso y profundo.

A la mañana siguiente el vapor se puso en marcha y Soledad y Pepe, sentados en la proa al lado de los timoneros, contemplaron con inmenso placer el cielo azul y transparente, las altas serranías de los Andes, las selvas, el río, sintiendo fascinados el viento sobre sus rostros.




En el puerto de Nare se subieron más pasajeros, los que venían de Antioquia. Luego cruzaron el río Carare, que venía de Santander, y pasaron por las zonas de Simití y San Pablo. El vapor se varó frente a San Pablo, un caserío pequeño y de preciosas casas pintadas de colores, y los pasajeros tuvieron que ayudarlo a salir del banco de arena en que estaba prisionero: el cauce del río no estaba suficientemente profundo. Por el camino se encontraron los cascos derruidos de vapores anteriores: el *Magdalena*, el *Wells*, el *Antioquia*, vueltos ya sólo esqueletos y convertidos en nidos de pájaros y de toda suerte de alimañas. Soledad recordó que su padre había muerto por la complicación de unas fiebres que le dieron tratando de desvarar el vapor *Magdalena* cerquita de Honda, durante una temporada que pasaron en Guaduas. Por el camino se cruzaron con dos vapores que subían hacia Honda.

Después de cuatro días de navegación llegaron a Puerto Nacional. Por allí salían el café, el azúcar y el tabaco de exportación. El vapor recogió correspondencia y un cargamento de frutas. Diez o doce mujeres se subieron por las escalerillas del vapor y con risa franca y picante ofrecieron sus mercancías y se sentaron en medio de las señoras. Frutas, panecillos de azúcar, cajas de arequipe. Soledad escogió unos buenos trozos de melón y de sandía para Bertilda, pero no la dejó comerse una almojábana que había cogido de un canasto. En Regidor, donde atracaron esa noche, les tocó un hermoso currulao: a Pepe no le gustó, le pareció que la civilización de toda esa región dependía de la desaparición de ese baile tan escandaloso. Tal vez Soledad estuvo de acuerdo.

Mompós era todavía un depósito y puerto de escala importantísimo. Pararon allí sólo algunas horas, porque el calor era sofocante, y siguieron su camino. Al llegar a Calamar, después de seis días de viaje, se despidieron del irlandés y de los demás compañeros del vapor porque el






plan de la familia no era seguir con ellos hasta Barranquilla, sino tomar el canal del Dique hacia Cartagena. Ese cambio de planes había sido idea de Soledad: quería que Pepe caminara con ella las murallas que había visitado con su padre cuando niña, y contarle los detalles de la historia de Cartagena según Joaquín se los había narrado con pasión. Además ya estaba planeando una novela sobre los piratas de Cartagena y quería tomar muchas notas. La novela se la iba a dedicar a su amigo cartagenero Rafael Núñez.

Navegaron el Canal del Dique en un bote de vela: por tierra habría sido tal vez más corto, pero Pepe quería recorrer el canal, casi obstruido, en el que reposaban los restos del vapor *Calamar*, el último que trató de hacer la entrada al Magdalena por ahí. Los vapores definitivamente no podían entrar por Cartagena, y por esto la ruta que empezó a tomarse fue la de Barranquilla, cuya desembocadura del Magdalena había sido siempre imposible para los barcos coloniales. En el canal los cogió la noche. “Lo que el viajero puede sufrir allí, literalmente devorado por los zancudos, es indescriptible”, escribió Pepe. ¿“El viajero”? ¿estará hablando de generalidades, o de él, sus niñas y Solita? Después del calor de cuarenta grados en Mompós, las pobres chiquitas tenían la piel llena de pepas rojas, y si durante el viaje Soledad y Carolina habían logrado protegerlas mal que bien de los mosquitos, el paso por el canal ya había sido la tapa. Doña Carolina, a pesar de escocesa, resistía bastante bien las locuras de estas tierras, afortunadamente.

En otro tiempo Cartagena llegó a tener más de veinte mil habitantes, pero su población había disminuido a siete mil desde 1811 por la guerra, las epidemias y la rivalidad de otras plazas comerciales. “Hoy Cartagena es un inmenso escombros cuyo espectáculo aflige profundamente al viajero; pero sus murallas son hermosas y las bahías espléndi-






das” escribía Pepe. “¡Qué sublime pobreza la de esta reina caída que se hace respetar por lo que fue y admirar por la majestad de su dolor!”. Al frente se extendía el Atlántico y José María lo veía por primera vez, “sacudiendo su lomo de escamas luminosas como un dragón enfurecido por la resistencia de las rocas que quisiera devorar o pulverizar; brillante, agitado, mugiente, inmenso y lleno de majestad y de misterio”.

De su viaje transatlántico dice Samper al llegar a Southampton: “Mi esposa había sufrido cruelmente abordo del *Thames* y del *Panamá*. Criaba a nuestra hija Carolina, que no tenía cuatro meses todavía cuando embarcamos en Cartagena, y cuidaba con ternura a Bertilda, que era entonces una chiquilla inquieta de dieciocho meses; y como sufría horriblemente del mareo y no podía retener alimento alguno, puede decirse que al nutrir con sus pechos a la recién nacida, la alimentaba casi que con su propia vida”. En el mes y medio de travesía Pepe pudo pulir su inglés con la ayuda de Soledad y Carolina; su francés era bastante bueno. Soledad miraba encantada el asombro de su esposo y estaba feliz de compartir sus lugares de adolescencia con él. A Pepe le encantaron los diques y los muelles del puerto. Los cinco días que se quedaron en Southampton para descansar, miró sin cansancio todo lo que pasaba en el gran embarcadero del ferrocarril y cómo funcionaba el telégrafo: de eso sólo había leído, y había visto sólo una que otra lámina y grabados en los periódicos ilustrados.

Vivieron un tiempo en Londres, pero de los cuatro años que estuvieron en Europa la mayor parte del tiempo estuvieron en París. En esa época Francia era una potencia mundial, y el francés la lengua internacional, aunque ya el inglés empezaba a desplazarla. Ya Humboldt, que fue buen amigo de Joaquín, había muerto; pero visitaban con frecuencia a Michelet (que había sido vecino de los Acosta y le tenía mucho cariño a Solita), a



Boussingault, a científicos importantes, amigos todos de los Acosta. Joaquín y su familia estaban en París cuando la revolución de 1848, y Lamartine los mantenía informados de todo a través de Michelet. Antes de la Revolución, ese mismo año, Joaquín le pidió permiso a las monjas para sacar un día a Solita del colegio: Humboldt iba a visitarlos y Joaquín quería que su hija tuviera el honor de apretar la mano del mayor sabio del siglo; ella tenía 15 años. Ahora era 1858 y en los salones los recibían con entusiasmo y hospitalidad: estos científicos europeos también habían sido extranjeros y recordaban con agradecimiento la calidez con que los habían recibido durante sus viajes por los Andes, cuando buscaban un dato histórico, una planta, una piedra, un sueño; ahora eran ellos los que acogían con interés a los viajeros americanos, felices de poder escucharlos y de compartir con ellos sus impresiones acerca de ambos mundos. En París, Pepe nunca se cansó de mirar el ajetreo de la gran urbe; en el sofá de la sala de su hotel se tiraba a escuchar el rumor eterno de los coches en la calle, que rodando sin cesar pasaban unos tras otros constantemente: a veces un pesado coche hacía temblar las vidrieras, y luego pasaba uno ligero y de andar acompasado y presuroso, seguramente aristocrático, porque los de alquiler llevaban caballos cansados y de andar desacompañado; los ómnibus con su ruido y precipitación cubrían el rumor de todos los demás...

Eran años de guerra civil en Colombia y de Imperio en Francia. Pepe y Soledad eran corresponsales de periódicos peruanos y colombianos. Ambos escribían para *El Comercio* de Lima, Soledad para *El Mosaico* y Pepe para *El Tiempo*. *El Mosaico: Miscelánea de Literatura, Ciencias y Música* fue tal vez el periódico cultural más importante de ese período de nuestra historia, y comenzó a publicarse cuando ya Pepe y Soledad habían salido para Europa. Fue fundado por la tertulia "El Mosaico", que además tenía una imprenta. De manera que nuestra protagonista



no estuvo en Bogotá para la creación de esta tertulia, aunque varias se hicieron en su casa, alrededor de una vajilla de té, cuando regresaron; debió ser chistoso porque, de “las tres tazas”, Vergara y Vergara prefería la de chocolate.

La tertulia la fundó José María Vergara y Vergara junto con José Joaquín Borda y Eugenio Díaz, el autor de *Manuela*; también estaba Ricardo Silva, que escribía cuadros de costumbres y que iba a ser el papá de José Asunción, que no había nacido todavía. *El Mosaico* publicaba cuadros de costumbres, poemas, estudios sociales y culturales; le hacía publicidad a los colegios y a las obras colombianas y extranjeras publicadas y a la venta en almacenes de Bogotá. Las contribuciones de Soledad desde París les venían como anillo al dedo: enviaba sus relatos de







viajes, que siempre interesaban en Bogotá, y una sección que titulaba “Revista parisiense”, sobre exposiciones de arte, ópera, novelas y libros científicos publicados; también noticias de los famosos e informes de la moda (a veces mandaba figurines); de vez en cuando comentaba también noticias políticas. En ese periódico, por ejemplo, se anunció la primera publicación de *El carnero*, que a pesar de haber sido escrito en la colonia no se publicó hasta 1859, y eso por los esfuerzos de Felipe Pérez. Pérez tenía además un colegio de enseñanza superior: en el aviso de *El Mosaico* ofrece Agricultura, Comercio, Ingeniería, Abogacía y Literatura; “la carrera de literatura dura tres años y las materias son: inglés, francés e italiano, historia y cronología, ciencias intelectuales y gramática general, retórica en todas sus partes, escritura y español, geografía patria y universal, y aritmética”. No me pregunten qué es todo eso, pero que se ve diferente de nuestras carreras de ahora, se ve. Y si no miren el resto: “Clases de religión y urbanidad serán obligatorias para todos los alumnos”. En esa época nadie podía vivir de ser ingeniero o abogado y tenían que dedicarse al mismo tiempo al comercio.

La tertulia había fundado también la *Biblioteca de Señoritas*, una revista cultural no exactamente femenina pero sí puesta al cuidado de las mujeres como un tesoro precioso para el bien de la nación. En una época estuvo a punto de desaparecer por falta de suscripciones, pero Eugenio Díaz logró salvarla:

—¡Vergara! —llegó gritando a la redacción—, ¡Vergara!

—Qué hubo, qué tanto alboroto...

—¡Logré convencer a Soledad para que nos mande artículos para la *Biblioteca*! ¡Acabo de recibir carta!

Desde eso Soledad y Eugenio se hicieron amigos e intercambiaron correspondencia. La revista la hicieron prácticamente entre los dos durante un buen tiempo. Ya él había empezado a escribir *Manuela*.

Cuando volvieron a Colombia a finales de 1863, Soledad debía tener muchos cuentos escritos, porque en 1864 publicó varios en *El Mosaico*: “La perla del valle”, “La monja”, “Amor y coquetería”, “Ilusiones” y varios más. Todos tienen más o menos los rasgos de historias de costumbres como las que quería Vergara y Vergara. El problema es que después le dio por escribir novelas psicológicas, más románticas en el sentido que no le gustaba a él: con pocos relatos costumbristas y mucho de reflexión interior y de angustias. Tal vez ahí comenzó el problema, a Vergara le parecieron novelas psicológicas egocéntricas que no ayudaban al desarrollo del país. Vergara dirigía periódicos, escribía en ellos y publicaba libros. Su opinión acerca de la literatura nacional era muy respetada, y él era uno de sus más importantes promotores. Él fue uno de los fundadores de la Academia Colombiana de la Lengua, y publicó la primera historia de la literatura colombiana.

Eran años muy activos. 1867 me parece un año particular: *María, Dolores*, de Soledad Acosta, *Historia de la literatura en el Nuevo Reino de Granada*, de Vergara, todas se publicaron ese año, y además se fundó la Universidad Nacional. En 1864, cuando Jorge Isaacs llegó a Bogotá y fascinó a todos los de la tertulia con sus poemas, Eugenio Díaz acababa de publicar *Manuela* por entregas en *El Mosaico*. Díaz y Vergara y Vergara siguieron siendo amigos, pero Díaz empezó a gustarle menos después de los poemas de Isaacs. Las





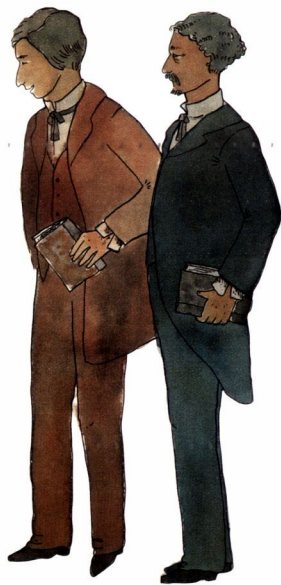
novelas se publicaban por entregas en periódicos culturales o en folletín en los corrientes: se usaba el tercio inferior de la hoja para publicar las novelas por capítulos y la gente esperaba con ansiedad el capítulo siguiente como espera las telenovelas de hoy; los que no sabían leer, que eran muchos, oían la lectura en el atrio de la Catedral o a la señora de la casa.

Cuando Soledad volvió a Bogotá, ahora con cuatro niñas (la menor de un año), Isaacs era la figura de la escena literaria, o estaba por serlo. No se entendieron del todo: ella prefería la literatura más contemporánea, mientras los autores de cabecera de Isaacs eran René de Chateaubriand y Bernardin de Saint-Pierre, autores de comienzos de siglo:

—No es que a mí no me gusten —le comentaba a Pepe—, pero es que eso de que sean ellos los que mejor “pintan” la naturaleza americana y sus habitantes no me lo trago. ¿Sabías que Chateaubriand nunca alcanzó a bajar hasta el trópico que “describe” tan bien? Estuvo en Massachusetts y caminó un poco hacia el oeste con un cazador de pieles, se desencantó con los indígenas que encontró y prefirió devolverse a Europa y escribir lo mismo que habría escrito si no hubiera venido.

—Pero tú sabes que *Atala* es una novela bellísima, un poema... —protestó un poco Pepe.

—No es que no me guste: es que por *Atala* la gente se ha hecho ideas completa-





mente arregladas acerca de nuestra realidad americana, y no sólo la gente de Europa, también nuestra propia gente... Pura hamaca y abanico, sin caníbales las turísticas, y con caníbales las imperiales. Perfumes, bellezas, fiestas constantes, paseos por en medio de campos ideales...

—Pues cuidado con Chateaubriand, porque Vergara tiene en la mesita de noche una bolsita de pasto que recogió en la tumba de él cuando estuvo en Francia... —le advirtió con una sonrisa.

—No..., si él mismo me lo contó... Lo que quiere es que deje a mi Madame de Stäel y a Balzac, al Dumas de las camelias, a Byron. Aunque a la larga lo que él preferiría es que yo dejara de escribir. ¿Le has oído el cuento?: “La felicito, Señora, le dijo un rey de Francia a una dama: tiene usted un hijo del cual se habla mucho y una hija de la que no se habla nada”.

—No deberías pararle tantas bolas..., que Vergara no escriba sobre uno tampoco es para morirse...

—Si él lo que quiere es que todas seamos unas Marías medio analfabetas que dejan sólo trenzas y delantales como huellas de su paso por este mundo. El lenguaje de las flores y las lágrimas... Sin los periódicos de afuera y las cartas de Mercedes me ahogaría aquí pensando que la loca soy yo...



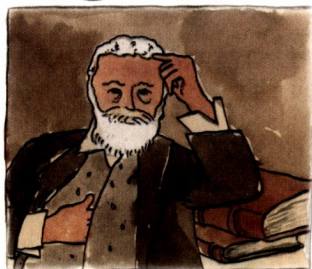
# CUATRO



## A CONTAR HISTORIAS



**M**e imagino que Soledad le restó finalmente importancia a la figura de Vergara, porque lo cierto es que escribió y escribió sin parar. Dicen que el único que escribió más que ella en el siglo XIX fue el marido, y él fue el que más escribió. Empezó a fijarse más y más en qué leían las personas, y en lo que decían y hacían, a conectar lo uno con lo otro. Dime qué lees y te diré quien eres, o quien serás, pensaba ella. Esto se convirtió en su obsesión.



Soledad y Pepe habían trabajado en Lima ocho meses: se fueron de París a Lima porque a él lo contrataron como redactor principal del periódico *El Co-*



mercio, que aún hoy es uno de los más importantes del Perú. Iban a estar allí varios años, pero las cosas no salieron como esperaban. Tal vez allá conoció Soledad a Mercedes, Mercedes Cabello de Carbonera. Mercedes era peruana, y con el tiempo iba a convertirse en una de las escritoras más importantes del Perú. En 1863, cuando Soledad llegó a Lima, Mercedes tenía diecisiete años. Le fascinó la figura de la escritora colombiana de treinta años. Le gustaba como criticaba a Lima, a los limeños y a las limeñas, le gustó poder tomar distancia gracias a ella. Le gustaba verla trabajar sin descanso, leer sus cosas tan bien escritas y tan interesantes, ver que una mujer esposa y madre podía también escribir de forma profesional.

En Lima no llueve nunca, y la mitad del año hay un cielo gris claro parejo que no deja ver el sol; las cosas se acumulan en los techos de las casas, que por la falta de lluvia se ahorran el cuarto de san alejo. Siglo y medio después, por algo que se llamó el fenómeno del niño, llovió tanto que se empaparon los colchones y los trastos y la ciudad se inundó por la insuficiencia del alcantarillado. Pero estamos en el siglo XIX, y ¿se pueden imaginar un Barrio de la Catedral sin aguaceros que limpiaran el centro de la calle? A Soledad Lima le pareció aburrida. Juana Manuela Gorriti, la escritora argentina, todavía no había llegado exiliada, todavía no había fundado su importante tertulia de Lima. La fundó como a los dos o tres años. Mercedes y Soledad se enviaban las novelas que escribían y se las comentaban, no sólo por carta sino también en periódicos. Recibir en Bogotá esos paquetes junto con los de las revistas, le encantaba a Soledad. Miraba los sellos, de tantas partes: de Lima a Panamá (pasando por Guayaquil), de Panamá a Barranquilla (pasando el Itsmo en ferrocarril de Panamá a Colón y cuando Panamá quedaba en Colombia), de Barranquilla a Bogotá, con muchas escalas y varios barcos, trenes y lomo de mula... Todo eso en sus manos, en este "otro planeta





rodeado de despeñaderos”. Ella los prestaba, los traducía, los reseñaba, ávida lectora y ávida de lectores, multiplicadora.

La biblioteca de Vergara le parecía chiquita, no porque tuviera pocos volúmenes, más bien por los que no dejaba entrar. A Vergara le preocupaba sobretodo aconsejar qué debía estar en las bibliotecas de las señoras y señoritas y qué no. Pía Rigan se le enfrentó un día en los periódicos, defendiendo a George Sand, la autora de *Lélia* y de otras magníficas novelas que les ayudaron a muchas mujeres a empezar a escribir. Soledad desde Europa también la defendió en los periódicos de aquí: “Dicen que poco de lo que ha escrito se le puede entregar a una mujer, pero últimamente se la ha perseguido tan cruelmente y por motivos tan puramente personales, que provoca defenderla”. Victor Hugo la defendió también.

En esos mismos periódicos Soledad criticó que el papel de madres fuera el único para las mujeres: “¿Por qué la mujer no ha de tener también una maternidad intelectual y heroica? La historia está probando la gran influencia que la mujer ha tenido en la civilización, por actos patrióticos y literarios, artísticos, y completamente extraños al círculo estrecho del hogar. Que la mujer sea la dulce armonía del hogar, pero que no por eso la condenen a la inferioridad en todo lo demás en nombre de una supuesta labor puramente sentimental”. Sobre esto había comentado mucho con Michelet, el historiador, en las tertulias de París, y ahora él acababa de publicar un libro.

Desde París Soledad también promovió un libro de Hugo que estaba por salir: *Los miserables*. “Los editores han vendido el derecho a publicar la obra en nueve idiomas diferentes, y las traducciones aparecerán antes de seis meses”. Fue ella la que mandó a Lima esta novela traducida por



el señor Casares, que se publicó por entregas en *El Comercio*. ¡Se publicó en París a finales de abril de 1862 y a finales de mayo ya estaba en Lima en español! Las cosas definitivamente empezaban a moverse rápido...

Cuando Soledad comenzó a escribir historia, lo primero que escribió fue una historia de las mujeres en la civilización; después escribió un libro de biografías de descubridores y conquistadores de la América española. De Gonzalo Jiménez de Quesada contaba cómo se demoró un año y medio desde Santa Marta hasta la sabana de Bogotá, que no se llamaba así, y cómo llegó con sólo ciento sesenta hombres de los novecientos con que salió..., para que se hagan una idea del caminito... Se demoró otro año para fundar a Santafé. Y le puso ese nombre para acordarse del poblado cristiano que los reyes católicos fundaron frente a Granada durante la reconquista, cuando estaban tratando de sacar a los moros de Andalucía. Y los sacaron. Santiago Matamoros venía muy en forma para la pelea contra los indígenas después de la lucha contra los árabes: en las estatuillas españolas del Cusco el caballo de Santiago no está parado sobre cabezas moras sino incas... Matamoros no es un apellido, o no lo era. Y Santiago era un santo, la forma castellana del Saint Jacques francés, primero San Yago y luego Santiago. Diego es uno de los nombres que vienen de ahí. Pero volviendo a Santiago, era uno de los apóstoles de Jesús, y se apareció entre las filas españolas para luchar contra los árabes. Aquí fueron los españoles contra los indígenas, tratando de justificar con la religión una ocupación territorial. Cuando los conquistadores encontraban pueblos indígenas, les leían un documento oficial que les informaba que desde ese instante quedaban convertidos en súbditos de España; en la biografía de Vasco Núñez de Balboa, Soledad cuenta lo mal que se recibía esto entre los indígenas: a Balboa en Urabá le contestaron "que en lo que decían que no había sino un





dios, y que éste gobernaba el cielo y la tierra, y que era Señor de todo, que les parecía que así debía ser; pero que en lo que decían que el Papa era señor de todo el universo en lugar de dios, y que él había entregado esta tierra al Rey de Castilla, dijeron que el Papa debía estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo, y que el Rey que pedía y tomaba tal merced, debía de ser algún loco, pues pedía lo que era de otros, y muy atrevido, puesto que amenazaba a quienes no conocía”. Aunque Soledad creía que la conquista española había sido buena para América, hablaba con preocupación de poblados que eran más miserables en la colonia y en la república que antes de la llegada de los espa-



ños. Estos escritos sobre historia americana eran casi los primeros de la Colombia independiente: en la Universidad enseñaban muy bien la historia de Grecia y Roma, pero los nombres de nuestra historia sonaban extraños y de ellos se sabía muy poco.

Cuando los Samper volvieron a Bogotá en 1863 no volvieron ya a la República de la Nueva Granada sino a lo Estados Unidos de Colombia. Por ser demasiado liberales no les fue bien en Lima. Sin embargo Pepe ya no era tan radical como antes: había conocido en Europa unos conservadores menos conservadores que los de aquí y que le cayeron bien, y el federalismo que encontró al regresar a Colombia le pareció extremo y contraproducente. Ya iba camino de convertirse en uno de los redactores de la constitución de 1886, conservadora, de la Regeneración.

En Bogotá Pepe trabajó en cargos públicos y Soledad se dedicó a escribir. Pusieron un almacén en la planta baja de la casa, el almacén *Novedades*. Vendían libros y “toda especie de corsés, cintas, botones, ajuar para niño, perfumes, objetos para regalo, medias para señoras y niños, alfileres, agujas en cajitas, etc, etc., Camándulas, etc., etc. Calle 10 (frente al teatro en construcción), número 201”... La venta de libros no se sostenía fácilmente, igual que ahora. En otro aviso insistían: “Se venden botones de todas clases, tamaños y colores, a precios sin competencia, desde 2,5 centavos la docena de seda y raso. Vestidos para niño, de terciopelo y seda, de lana y olán, más baratos que los de zaraza de otra parte”.

—¡Niñaas!, ... iniñaas! —llamó Soledad desde su estudio.

—¿Sí mamá...? —llegó preguntando Blanquita, la menor y la más alborotada de las cuatro. Tenía ya seis años y le contaba a todo el mundo lo grande que estaba. Era la adoración del papá.





—Dile a Jacinta que les ponga el sombrero y la capa y que se aliste porque nos vamos a caminar —le dijo feliz y con ojos dulces.

—¿Ya?!

—Sí, es que terminé un capítulo y necesito respirar un poco. Pregúntale a la abuelita si quiere ir.

—¡Bravooo!- cantó. —¡Niñaas!...

Y llegó jadeando donde la nana:

—Jacinta: dice mamá que nos pongas el sombrero y que le digas a Tomasa que empaque frutas y muchas cosas porque nos vamos hasta San Diego.

—¿Todo eso dijo?

—Sí, sí, y que rapidito, rapidito.

—...¿Y con ese dolor de barriga que tienes por los cotudos que me hiciste comprarte?, ...si doña Solita se entera...

—No, ...si ya se me pasó. No seas malita... ¡corre, corre...! ...Bertilda, Mariajosé, Carolinaaa... —salió gritando otra vez.

Se fueron todas a su paseo de la tarde, sólo que más temprano que de costumbre.

—¿De verdad quieren ir hasta San Diego?

—Sí mamá, si está temprano, y podemos merendar por allá.

Ya iban por la catorce.

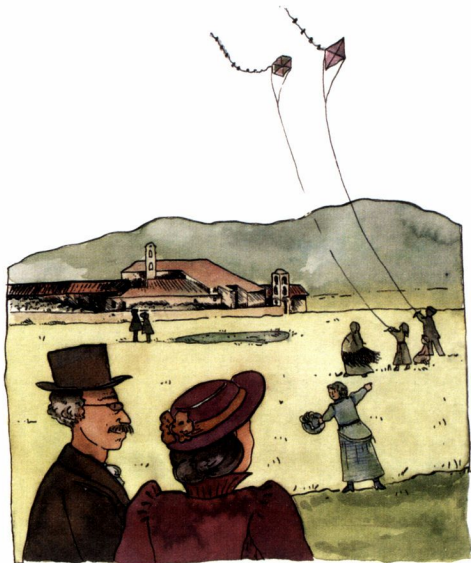
—¿Y no vas a pedir que te carguen al regreso, Blanca?

—Si se cansa la carga yo, mamá —le contestó Bertilda, con sus trece años —¿Sí?...

Jacinta le picó el ojo a Soledad y siguieron el camino.

—¿Cómo van las cometas?

—Lindas mamá, yo creo que nos van a quedar mejores que las del año pasado. El tío Manuel vino a ayudarnos y nos trajo un papel más fuerte



que llegó hace poquito, y mañana vamos a ir nosotros para ayudar con las de los primitos. La tía Agripina ya está lista para el paseo del domingo. Y el tío Miguel también dijo que iba. Con que no nos las tumben otra vez...

Y es que en un domingo de cometas, el que lograra llegar a su casa con la cometa entera y la pita en la mano era considerado el héroe de la jornada. Cuando llegaban los Alisios a Bogotá, montones de cometas se cruzaban y se enredaban en el aire.

Agripina, la hermana de Pepe, se había casado con Manuel Ancízar antes del viaje de Pepe y Soledad a Europa. Manuel le caía bien a Soledad. Era bastante mayor que ellos, veinte años mayor que Soledad. En 1819, el año de la Batalla de Boyacá, Manuel era un niño de siete





años que tuvo que salir de su casa con su familia en medio de la noche sin poderse llevar nada porque sus padres eran españoles. A Soledad le gustaba oír ese otro lado de la historia. Haciendo el camino hasta Santa Marta lograron salir del Nuevo Reino en la más absoluta pobreza. Manuel terminó estudiando Leyes en Cuba y conspirando allá contra los españoles; eso fue en los años 1840, a lo mejor hasta conoció a Cirilo Villaverde. Regresó a la República huérfano, para trabajar como maestro y periodista, y fue uno de los primeros en participar en la expedición corográfica de Codazzi, que quería levantar mapas físicos y culturales del país. Viajó año y medio por las provincias del norte, cuando de Bogotá al puente de El Común había un día de camino, y dos a Zipaquirá, y por su amigo José María conoció a Agripina. A las niñas les encantaban sus historias. En el periódico de Manuel fue el enredo de la excomunión de José María: Manuel fundó *El Neo-granadino*, y ahí salieron también varias de las partituras que practicaban Solita y sus primas.

Llegaron cansadas del paseo y listas para comer. Blanca y María Josefa se durmieron vestidas en un sofá y sin comer. Carolina llegó derecho al estudio de Soledad, a buscar algún libro del que la mamá les había hablado por el camino y se encontró allá las cajas:

—¡Mamá, mamá! —salió gritando— ¡Llegó tu libro!...

—¿Que qué?

—¡Mamá, mamá: en el estudio están las cajas de tu libro!, ¡ya llegó! —le contó emocionada.

Soledad había mandado imprimir su primer libro de novelas en Gante, Bélgica. Allá era más barato el papel y desde allá lo podían distribuir más fácil a otras partes. Poner a circular libros desde Bogotá era complicado y los costos de publicación eran altos. Eso es parecido a ahora. Cuando Pepe era chiquito y estudiaba en Bogotá, los niños aprendían a escribir en cajitas de arena: así podían hacer letras y borrar luego sin



gastar papel. La situación del papel ya no era tan grave, pero de todas maneras... Los editores le habían mandado varias cajas con los ejemplares que le correspondían.

Bertilda y Carolina esperaron al papá en la puerta, cada una con un libro en la mano, y cuando llegó le saltaron encima para mostrarle su ejemplar.

—¿El libro de mamá?!

—¡Y mira que lindo quedó! —gritó cada una a su manera.

—¡Mamá no ha dejado de mirarlo desde que llegó!: que la tapa, que tu prólogo, que qué bonita quedó la dedicatoria al abuelo... Pasa y pasa las hojas sin parar. Ve a rescatarla, papá —dijo Carolina muerta de la risa—, está con mamá Carito en la sala.



Esa misma noche Pepe escribió las esquelas y las hizo llevar temprano a los amigos de la casa para invitarlos a celebrar la noche siguiente algo muy especial: “José María Samper saluda a V. m. y le ruega que venga esta noche a tomar en ésta su casa el refresco que ofrece en obsequio de su esposa”.

El día de la fiesta, claro, no faltó el consabido chocolate que le encantaba a Vergara. Él siempre creyó que el té de Soledad y su madre era cosa de pura moda, pero ¿cómo podría esta matrona escocesa abandonar en Bogotá su amado té? Recién llegados de Europa los Samper habían invitado a un té, pero la cosa terminó volviéndose chiste porque para





Vergara el té no era otra cosa que un remedio sudorífero para sacar las malas fiebres. Después del desastre y la chacota, Soledad no volvió a ofrecer otra cosa en su casa que un delicioso chocolate, al fin y al cabo a las niñas les encantaba. Para la siguiente invitación se consiguió la mejor receta y sus chocolates se volvieron famosos. Tenían la espuma dorada y azul, como debía ser; para hacer las pastillas habían molido el cacao con canela y con vino, y las habían dejado reposar sus buenos meses en cajas de cedro en el rincón más seco de la alhacena. Tres hervores luego, una buena batida de Tomasa, y listo: todo maravilloso.

Vergara llegó a las ocho muy contento y con varias de sus anécdotas listas:

—Samper: ya pegué en mi álbum tu esquelita de esta mañana. Y me puse a ojearlo: vieras las cosas y las generaciones que están reunidas en ese álbum. Lo empezó mi papá y yo le he seguido haciendo rigurosamente. Tu escuela se parece mucho a la de Doña Tadea Lozano, Condesa de San Jorge, cuando invitó a mi papá a ese chocolate de 1813 al que asistieron entre otros Nariño y Torres. Mi papá aterrado me contaba luego que de los treinta hombres y veinticinco mujeres que asistieron, todos los hombres, menos dos, habían muerto fusilados cuatro años después por Murillo, y todas las mujeres, menos tres, habían sido desterradas.

—No estará usted prediciendo un fin parecido para los comensales de esta reunión, ¿no? —comentó sonriendo Soledad—. Con mi destierro me conformo, pero, ¿y mi marido?

—Pues al menos patriotas sí somos todos —dijo alguien sonriendo también.

—El café lo trajeron luego los ingleses que vinieron con Bolívar en la Legión Británica —continuó Vergara—, hasta que en 1848 me invitaron



dizque a tomarme un cafecito en vez de mi chocolate. El café me pareció un desastre: yo sé que es buen remedio, pero es remedio al fin y al cabo. La reunión sí fue un encanto: había unas veinte muchachas entre los dieciocho y los venticuatro años, de mejillas rosadas por la buena salud y no por polvos rojos, llenas de juventud, y con unas bocas pícaras que se morían de ganas de hablar pero que no hablaban por buena educación y modestia; veinte muchachas listas para ser buenas esposas y buenas madres, que seguramente, y afortunadamente, nunca habían tenido una novela romántica entre sus manos...

—Aquí viene otra vez con su cuento de las niñas saludables que no hablan y no leen —le susurró Agripina a su sobrina Bertilda—. Cuidadito con seguirle el consejo... —le dijo con una de sus hermosas sonrisas.

Ambas se rieron, pero Vergara pensó que era por su chiste.

—Afortunadamente la moda del famoso té no ha pegado —continuó, mirando de reojo a Soledad y sonriendo—. Pero seguro que dentro de poquito me invitan a tomar una taza de quinina con pandeyuca: como los antiespasmódicos están tan de moda...

“Hay que reconocer que chispa no le falta”, pensó Soledad. En todo caso, y tal vez para llevarle la contraria, habló mucho esa noche, más que de costumbre, pensando siempre en cómo lo iba a escandalizar su libro recién llegado. Tomó un ejemplar y se lo dedicó: “Para mi gran amigo José María, segura de que disfrutará su lectura tanto como yo he disfrutado escribiéndolo”.

A los pocos días comenzó a circular en los periódicos de Bogotá el anuncio de la venta del libro:

Acaba de llegar, en elegante edición hecha en Bélgica, el libro *Novelas y cuadros de la vida suramericana*, por la señora Soledad Acosta de Samper, un volumen de 450 páginas en 12° mayor francés.





Se halla a la venta en el almacén *Novedades* (Calle 10, número 201), en el del Dr. Manuel Pombo (Carrera de Bogotá, Calle 1) y en el del Dr. Ricardo Silva (Carrera de Antioquia, Calle 1), por un valor de \$1,20 en rústica y de \$1,60 empastado.

Soledad escuchaba a los demás y leía mucho. De sus conversaciones y lecturas salían sus novelas. Antes de las biografías de los conquistadores había escrito *José Antonio Galán, episodios de la guerra de los comuneros*, una novela histórica en la que defendía a los pequeños propietarios, y antes todavía había publicado este libro de 1869: *Novelas y cuadros de la vida suramericana*. Como se lo había propuesto recién regresó a Bogotá en 1864, escribió novelas que no eran sólo cuadros de costumbres, sino que contaban historias que ocurrían durante levantamientos populares y guerras civiles, y aprovechaba para hablar de eso y meterse en política, que para Vergara era peor que escribir novelas.

—Pobre Lucila, cómo está de demacrada —le comentó un día la prima.

—Y si la hubieras visto cuando llegó aquí...

—¿De verdad está tan mal?

—Eso dicen los médicos. Siempre ha sido débil, pero esta enfermedad...

¿Crees que tenga que ver con el compromiso de Ricardo y Laura?

—Pues si esto fuera una novela, seguro que tenía que ver: en las novelas las mujeres siempre se enferman por amor —contestó Soledad, tomándose su té.

—...Pero no me digas no hay algo de eso...

—A la larga sí. Si aquí en lo único en que las dejan pensar es en si las quieren o no, ¿cómo no se van a enfermar? Las convencen de que casarse es el único objetivo de la existencia, la única justificación posible de la vida.

—... Con un país que necesita tanto el trabajo de todas nosotras, ¿cómo pueden creer que limitarnos a madres y esposas sea lo más patriótico



que podemos hacer? —dijo Agripina. Después nos dicen hipócritas cuando buscamos otras maneras de hacer las cosas: si se supone que no podemos hacer nada sin ellos, no esperarán que hagamos todo de frente: hay que buscarle el ladito...

—Fíjate en Cecilia —comentó la prima—: se murió el marido, y como no tuvo hijos, ahora para colmo tiene que volver a la casa de sus papás. Como si ninguno de estos años hubiera pasado, se queda hasta sin la casa y sin la hacienda... Dicen que en Inglaterra heredan aunque no hayan tenido hijos y pueden hasta administrar sus propios bienes... Pásame una galletica por favor. ¿Cómo haces para tener siempre té?

Estas conversaciones no eran usuales, pero se daban. A Soledad le preocupaban la historia nacional y la de las mujeres: si no escribía sobre lo uno era sobre lo otro, aunque creo que siempre era sobre ambos asuntos. No trabajó en política directamente porque eso no se usaba para las mujeres y estaba mal visto. Pero la política la hacía desde sus escritos. Le preocupaba mucho la cuestión de la educación, y se preguntaba:

“¿Se debe inculcar en las jóvenes ideas románticas, inspirándoles un sentimiento érroneo de la vida, pero noble, puro y elevado? O, al contrario, ¿se deben cortar las alas de su imaginación y hacerles comprender desde la juventud que esos héroes que pintan los poetas no existen sino en las novelas? Con lo primero, pueden resultar mujeres débiles, incapaces de enfrentar las realidades de la vida; con lo segundo, corazones poco elevados e inteligencias áridas y secas”. De lo que sí estaba segura era de que las novelas, tal cual estaban, nutrían a las niñas con ideas falsas de la vida, que las hacían esperar un mundo lleno de héroes que no existían. Escribió novelas que les enseñaron a leer con más cui-





dado, a no creer en todo lo que leían; novelas en las que hombres y mujeres se contaban historias, historias que decían más sobre la persona que las contaban que sobre los hechos. Historias llenas además de la vida cotidiana y de los conflictos reales que debían enfrentar. Eran sin embargo novelas que no las llevaban a conformarse con el mundo que tenían delante y que las hacían pensar en otras maneras de hacer las cosas.

A muchos les parecía que en sus novelas había demasiadas mujeres y que se preocupaba demasiado por asuntos irrelevantes para el bien del país. A ella la situación de las mujeres de su país siempre le pareció un problema político de primer orden. No sólo se preocupaba por las mujeres acomodadas, sino también por la educación de mujeres de grupos sociales menos favorecidos, mujeres que no tenían que pelear por el derecho al trabajo porque no sólo se les permitía trabajar sino que tenían que hacerlo para que sus familias no se murieran de hambre: eran mujeres que trabajaban por salarios ínfimos y no sabían cómo aprovechar sus grandes capacidades. A lo largo de su vida Soledad logró que se abrieran escuelas para educar maestras, y siempre estuvo pensando en oficios probables como el de telegrafista y en una futura formación profesional, que ya era el colmo de la utopía.

*José Antonio Galán* no fue su primera novela histórica. Todas las de su primer libro tienen algo de eso. Tal vez *Mercedes* es la que tiene más historia. La protagonista es hija de un alto burócrata español que logra el perdón después de la guerra de independencia pero que debe retirarse en muy malas condiciones económicas al valle de Ubaté, ya que le han



confiscado sus bienes; ella luego se casa y finalmente termina sola con un hijo en Bogotá, viviendo de la costura. Ese hijo muere en la revolución de 1840. Nariño es uno de los personajes. Esa revolución es también el marco de *Margarita*, otra de las historias. Soledad le dedicó *Mercedes* a Vergara y Vergara la primera vez que apareció, como folleto, en un periódico. Él no dijo nada. No escribió nada, al menos.

El último relato de ese primer libro de Soledad, titulado "Un crimen", habla de conflictos de clase y de la impunidad de la violencia rural; debía ser muy doloroso para ella escribirlos, así como es de triste para nosotros leerlos hoy y ver que los problemas siguen repitiéndose:

—¡Mamá!, ¡mamá! —gritó al fin.

Luz arrojó al regazo de Juliana el niño que tenía dormido en los brazos, y abalanzándose sobre Pepe exclamó trémula:

—¡Habla!, ¡habla!, ¿qué ha sucedido?

—¡Mi padre!

—¿Dónde está?

—Allá abajo, cerca del charco hondo... lo amarraron...

—¿Lo amarraron?

—Y después se fueron...

—¿Y no se pudo soltar?

—Yo no pude. Le dieron dos balazos en el pecho y otro en la cabeza...

Luz no contestó: bajó desalada a todo correr las gradas del patio y la pendiente de la vereda, atravesó el platanar y se internó en el monte seguida de todos los niños.

Exaló por primera vez un intenso gemido, pero sin llorar, y se acercó. Rafael estaba ya frío y la sangre coagulada cubría sus vestidos y formaba en el suelo una charca: lo desató con cuidado y lo acostó en el suelo: después, con amantes manos levantó el cabello que le cubría la frente; tenía los ojos abiertos y vidriosos: depositó la cabeza sobre su regazo y lo llamó varias veces."



# CINCO



## TIEMPOS DIFÍCILES

**S**iguieron tiempos duros para Pepe y Soledad. En 1872 hubo una epidemia en Bogotá, tal vez cólera, tal vez tifo. La ciudad se veía desierta, poquísimos eran los que se reunían en el atrio a comentar el día. Todos se encerraron en sus casas, y en las noches no se oía más que el murmullo de las voces que rezaban en las casas. De día sólo había actividad en las boticas.

A cada minuto se sabía de un nuevo muerto o de un nuevo contagiado.

Soledad y Jacinta tuvieron todas las precauciones, pero finalmente Carolina y María Josefa se enfermaron. La mamá y



la nana pasaron noches y noches en vela acompañándolas y cuidándolas. La casa olía a naranja y a ron, pero también a enfermedad. Tomasa corría con los calditos de verduras o con el té caliente. Cada mañana se maceraban cáscaras de naranja para hacer tintura con el ron. Las niñas sufrían con paciencia sus envolturas húmedas y calientes de la noche. Hacia el final Pepe y Soledad velaban juntos, pero luego empezaron a turnarse, agotados ya. No lograron salvarlas, pero al menos murieron sin mucho dolor y viendo un poco de sol por la ventana. Fue una tristeza muy grande. Carolina tenía quince años y María Josefa doce. Las otras dos niñas no las habían visto desde que enfermaron, y después del funeral hubo que pintar con cal las paredes del cuarto donde murieron y no pudieron entrar allí en muchos días. Los espacios de la casa habían cambiado y todo les quedaba grande.

Con el pasar de los días, Bertilda y Blanca volvieron poco a poco a encontrar sus risas y le ayudaron a la mamá insistiéndole en sus paseos de la tarde y pidiéndole una y otra vez sus cuentos de siempre. Bertilda ya estaba empezando a escribir poesía. Blanca Leonor tenía diez años. Salían después de comer, a las cuatro de la tarde. Caminaban hasta llegar a las colinas de San Diego, y sentadas entre el musgo y las flores miraban el paisaje que se extendía a sus pies. En primer plano estaba el convento solitario, con sus huertos y sus árboles frondosos; por entre los sembrados se veía caminar a los frailes hortelanos. Más lejos se abrían las alamedas, embellecidas aquí y allí por grupos de rosas silvestres, borracheros y sauces enanos. Los rayos del sol en el ocaso hacían brillar las lagunas distantes de la sabana, los campos y los cerros tomaban un aspecto soñoliento y el horizonte comenzaba a cubrirse de arboles. A la izquierda se alzaba el gigante Monserrate y a la derecha se veían apiñadas las casas de la ciudad. Leves nubecillas atravesaban el cielo azul.





Volvieron también a subir al cerro de Guadalupe y a sentarse en las ruinas de la iglesia para mirar la ciudad desde allá. Ese paseo era el más largo. La iglesia la había destruido un terremoto, pero eso fue antes de que la terminaran: así que eran unas ruinas raras que no le recordaban nada a casi nadie, excepto al cura que padeció tanto haciendo a sus penitentes subir hasta allá casi que ladrillo por ladrillo. Ahora a ellas les recordaban a Carolina y a María José. Ahora dos niñas, en vez de cuatro, se sentaban en las baldosas apiladas, que nunca se pusieron, y merendaban allí. A sus pies veían la ciudad con sus calles rectas, partidas a lo largo por los caños. Numerosos campanarios relucían al sol que desaparecía en el horizonte entre nubes rosadas. Al extremo norte de la ciudad se veían los conventos de San Diego y el antiguo de Capuchinos. Los largos y rectos caminos que partían en varias direcciones se perdían en la lejanía y se confundían en el extremo de la sabana con los cerros azulosos velados por un ligero manto de niebla como tenue cinta de gaza. En el cerro Soledad recordaba cómo cuando era muy niña subía con su madrina a coger musgo y helechos curiosos y diminutos para el pesebre. A las niñas les encantaban los cuentos de la madrina:

“Doña María Francisca tendría unos sesenta y cinco años cuando la conocí. Era la última persona que existía de esa rama de nuestra familia. Se preciaba de haber conocido mucho a los virreyes y de haber frecuentado el palacio, y se lamentaba amargamente de la independencia que había sumido a su familia en la pobreza, quedándole a ella por único patrimonio una casita. Era de baja estatura y de pocas carnes, de ojos negros pequeños y nariz afilada. Vivía sola con dos criadas a las que había recogido desde pequeñas y a quienes no les pagaba sino cuando y como le parecía conveniente, dándoles su ropa vieja y muchos regaños y pellizcos. Se mantenía haciendo dulces, bizcochitos, chocolates y velas, y sacando aguardiente, que en esa época era de contraban-

do. La casa quedaba en Las Nieves, cerquita de la plaza de San Francisco. A la entrada, después de atravesar el zaguán empedrado, había un corredor cuadrado, separado del patiecito por un poyo de adobes y ladrillo, también empedrado pero lleno de arbustos y flores: eso era para mí un verdadero paraíso, como el de los príncipes y princesas de los cuentos que me contaba Juana, una de las criadas. Había un alto romero siempre florecido, un tomate quiteño y un ciruelo, y a su sombra crecían en alegre desorden algunas plantas de malvarosa y muchos rosales; debajo de ellos había una alfombra de manzanilla, trinitarias fragantes y un fresal: yo lograba encontrar siempre alguna fresita. En el







suelo, al pie de cuatro grandes moyas con su capa de lama verde (para recoger agua en invierno), se veían muchos tiestos y platonos rotos, en los que crecían los picicitos que debían ser transplantados luego.

“Después de merendar a las cinco con una ardiente jícara de chocolate, acompañada de carne frita y tajadas de plátano, queso y pan, mi madrina se envolvía en su pañolón de lana y con su sombrero de paja salía al jardín armada de tijeras y lo podaba y componía; recortaba una flor aquí y otra allí para dármelas, y yo las recibía como un precioso regalo porque era prohibido que tocáramos las flores. Además de ese patio había otro detrás de la cocina; alrededor del aljibe vivían un montón de gallinas, pavos y patos, y allá estaba el perro amarrado todo el día. También había una huerta en la que crecían malvas, yerbas y hortigas, y en el centro varios manzanos y duraznos. A veces sembraban también matas de maíz y de papa. La casa era *pequeña* pero suficiente para Doña Francisca.

“Durante muchas semanas vivía en la mitad de la sala un San Miguel que vestía mi tía para la iglesia de San Francisco: lo disfrazaba a la última moda, con mangas anchas o angostas, corpiño alto o cotilla, según se usara en los días de su fiesta. Cuando alguien le criticaba la manía de vestir al pobre arcángel como los figurines de moda, contestaba muy indignada: “¿Acaso los santos han de estar peor vestidos que ustedes?”. Oía muchas misas y





rezaba mucho en la casa, pero las oraciones tenían unas interrupciones divertidas: “¡Juanaa!...¿Metieron el almidooón?”, “¡Cruuuz!...¿Les dieron de comer a los pisquiiitos?”.

...Y todas se volvían a reír. También Jacinta, la nana, con su pelo suelto y sin sombrero.

Entre cuentos y paseos distraían la tristeza, pero el dolor porque Carolina y María José ya no estaban seguía intacto. Pepe tuvo la buena idea de irse con toda la familia unos meses para Guaduas.





# SEIS

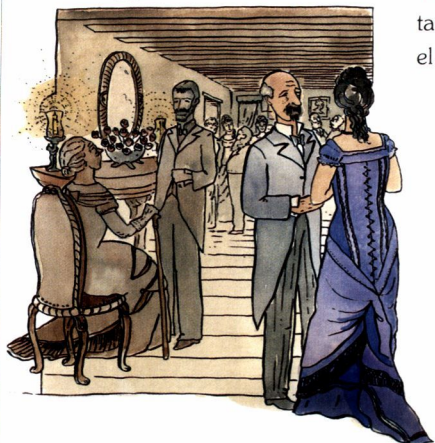



## CIUDADANO PRESIDENTE

**E**n 1875 metieron preso a José María injustamente, por asuntos políticos. Soledad le escribió una carta fuerte y valiente a Santiago Pérez, el Presidente:


*Ciudadano Presidente de la Unión:*

*Soledad Acosta, esposa del ciudadano José María Samper, ante vos, en uso de las garantías individuales, siquiera estén todas suspendidas por resolución vuestra, respectivamente expongo:*






El día 9 del corriente mes se hallaba todo el Estado de Cundinamarca en plena paz, sin que persona alguna hubiese aquí turbado el orden público, y todos los ciudadanos se creían con derecho a gozar de todas las garantías individuales que reconoce la Constitución, ya porque a nadie es lícito confiscarlas ni suspenderlas, ya porque no habiendo un verdadero estado de guerra, no podía alegarse, en apoyo de ninguna violencia gubernativa, ni aún el artículo 91 de la Constitución entendido al revés de su racional sentido.



Mi esposo no había ejecutado acto ninguno de perturbación del orden público. Sostenía de palabra y por la prensa una causa política y os hacía la oposición, usando de dos libertades que son, conforme a la Constitución, no solamente absolutas y esenciales para la existencia de la Unión Colombiana, sino tan sagradas que aparejan la irresponsabilidad completa... ¿Cuál, Ciudadano Presidente, de los pretextos alegados puede ser el verdadero motivo para la prisión de mi esposo? Si se le ha encarcelado por ser periodista, la prisión no tiene objeto; toda vez que ha cesado la publicación de todos los periódicos de oposición, que las imprentas están mudas; que por orden vuestra, han sido suspendidas las garantías individuales, bien que los periodistas que os sostienen sí gozan de libertad para escribir, y aún para insultar a sus cofrades encarcelados. Nada de esto alego, porque no es mi ánimo haceros oír quejas de una mujer que tiene y debe tener la dignidad de no quejarse ni pedir favor. Lo que os pido, Ciudadano Presidente, es equidad, es integridad. Os pido que obréis conforme a los principios que





*tan valientemente sostuvisteis en El Mensajero, en 1866 y 1867, cuando erais periodista de oposición.*

*Os pido que hagáis respetar la Constitución, mayormente cuando han cesado los sucesos de la Costa, y cuando vos mismo habéis recibido, en plena paz de Cundinamarca y de toda la Unión, a los generales victoriosos en el bajo Magdalena. Os pido, por tanto, que devolváis a mi esposo la libertad y demás garantías de que le habéis privado.*

Era una carta sin nada de lágrimas por la ausencia del marido o porque las niñas extrañaran al padre y quedara una familia desvalida. Nada de solicitudes especiales en reconocimiento a los servicios prestados por ambos al país. Era la carta de una ciudadana que conocía la constitución y los derechos y que con conocimiento y determinación hacía un alegato a favor de su esposo. La carta no tuvo respuesta.

Soledad mantuvo a su familia con su trabajo el tiempo que José María estuvo preso, y el tiempo en que estuvo en campamentos porque había estallado otra guerra civil. Les habían confiscado la casa y la imprenta.

Cuando José María salió libre volvieron a hacer las famosas reuniones en la casa. Los bogotanos eran dicharacheros y divertidos, les gustaban las fiestas. Así los conoció Miguel Cané, un argentino que estuvo un tiempo en Bogotá en un puesto diplomático. Después del viaje de París a Bogotá, que ya no necesito detallarles, entró a las casas de Bogotá y se asombró de que pudiera haber tanta sofisticación en “un cerro perdido en las entrañas de América”. Y es que la ciudad por fuera era un desastre, pero cuando entraba a estas casas se encontraba con unos lujos... Se imaginaba a los indios cargando entre ocho los pianos desde Honda

vos. a... en contra de toda revolucion  
e Orleans... la paz... Com  
mer  
o. G  
adu  
ya  
le t  
eme  
na  
es d  
ras  
mo  
mo  
ar a  
te d  
mp

NOVEDADES



Revisé, y de pequeños desordres



hasta la Sabana, cargando las lunas de los espejos que tenían que importar de a cuatro a ver si alguna llagaba para ponérsela al marco inmenso que venía con ellas. ¿Pueden creer que así mismo llegó la estatua de Bolívar que está hoy en la Plaza? A veces tocaba dejar las cosas abandonadas en mitad del camino, en pleno monte, y había que ver esos muebles padeciendo al sol y al agua, volviéndose nidos de ardillas y finalmente enredados entre matas de curuba. Y cuántas curubas les colgaban. Deliciosas, y con un perfume... Cané no criticaba: hacer un metro de camino de herradura aquí era igual de caro que hacer un metro de vía férrea en la Argentina, con esta geografía, tan espléndida y tan difícil...

Había temporadas de fiestas, que empezaban de buenas a primeras y se acababan de repente. Si no había habido una en mucho tiempo, en el atrio de la catedral empezaban los falsos rumores de que fulanito iba a dar una gran fiesta, de si a usted también lo invitaron, que por qué sería que no, que tal vez más tarde, ...en fin, cuando fulanito se enteraba, ya no le quedaba más remedio que organizar una. O se ponían muchos de acuerdo para caerle de repente a la señora, avisándole un poquito antes para que alcanzara a enfriar la champaña y destapar los vinos. ¡Champaña y vinos! A Cané siempre le pareció que a esos vinos franceses les convenía la travesía del Atlántico. Los curiosos se agolpaban frente a la puerta de la calle cerrando el paso y metidos entre el barro.

El Capitolio ya lo habían empezado a construir, pero la cosa estaba tan demorada que ya también le tenían chistes. Cuenta Cané que habían empezado a construirlo hacía diez años, y que hasta ese momento había costado cerca de un millón de pesos fuertes, una barbaridad. Tal vez no iba a terminarse nunca, pensaba Cané. "El autor del plano debe haber tenido por ideal un dado gigantesco. Era algo cuadrado, informe,

plantado ahí como un monolito de la época de los cataclismos siderales. A la entrada, una docena de columnas que concluyen truncas... en el vacío. No sostienen nada, no tienen misión de sostener nada. Mi amigo Rafael Pombo pasa su vida mirando el Capitolio y haciendo proyectos de reformas. Quiere sacar las columnas a la calle y hacer un peristilo, algo razonable y elegante. El joven italiano que el gobierno contrató para concluir la obra, se ha comido ya todas las uñas y el bigote mirando la esfinge”.

A Pepe le encantaban las fiestas, como recordarán. Una noche la sociedad bogotana estaba en movimiento, pues se había anunciado que el baile que iba a haber era el último de la temporada. Un viento helado silbaba por entre las calles y una lluvia menuda caía sobre los empedrados y los hacía resbalosos. La fiesta era en una casa en la salida





hacia Chapinero. Era la última fiesta a la que José María iba a asistir, aunque él no lo sabía. Estaba tan contento que se quedó hasta tarde. No sé por qué Solita no fue, o tal vez regresó a su casa más temprano. Después sufrió mucho, se culpó por no haberlo convencido de regresar con ella. A Pepe se le hizo tan tarde que perdió el tranvía y le tocó caminar de regreso hasta la casa; a la mitad del camino empezó a caer un aguacero de esos famosos bogotanos y no se atrevió a tocar en ninguna casa. Pasó tanto frío que amaneció con una fiebre muy alta. Tenía sesenta años.



Soledad no lo dejó levantarse ese día, y comenzaron las infusiones de eucalipto y los fomentos. Los médicos lo vieron muy mal, de hecho se le estaba complicando en neumonía. Solita abría las ventanas para ventilarle el cuarto y para que recibiera algo de sol, como le había enseñado su madre. Pero Doña Carolina ya no estaba, y llovía y llovía. Cerraba otra vez las ventanas, y venía Tomasa con más té y con otra infusión, con la que le había recomendado misiá Cecilia en el mercado, y no

podía creer que su niño Pepito se le estuviera muriendo, después de todo el tiempo que lo había acompañado en Honda y en Bogotá, no podía creer que se fuera a morir antes que ella, la vieja Tomasa. La casa olía a yerbas y a cocimientos. Solita resolvió llevárselo para Anapoima, a ver si con el cambio de clima lograba recuperarse. Allá era que estaba el sol. Y allá sí encontraron las piñas que necesitaban para esos bronquios desfallecientes. Jugo, agua de la cáscara, trocitos pequeños por la mañana. Pero ya era demasiado tarde.

Pepe murió en 1888, en abril. Soledad perdió así a su gran compañero. Pero con él había comenzado un camino que no se cerraba con su muerte. Por eso él murió tranquilo, sabiendo que no la dejaba en soledad sino llena de proyectos que le iban a justificar los veinticinco años más que iba a tener que vivir sin él. Ella trató de no llorar en ese último momento, y con mucho esfuerzo lo logró, y le sostuvo la mano.

En ese mismo año Soledad publicó dos libros más. Eran una novela y un libro de historia: *Una holandesa en América* y *Biografías de hombres ilustres, relativas al descubrimiento y conquista*. La novela la publicaron en Curazao, y las *Biografías* en Bogotá, con el auspicio del Ministerio de Instrucción Pública. Estaba también a cargo del cuarto periódico que había fundado: *El Domingo de la familia cristiana*.





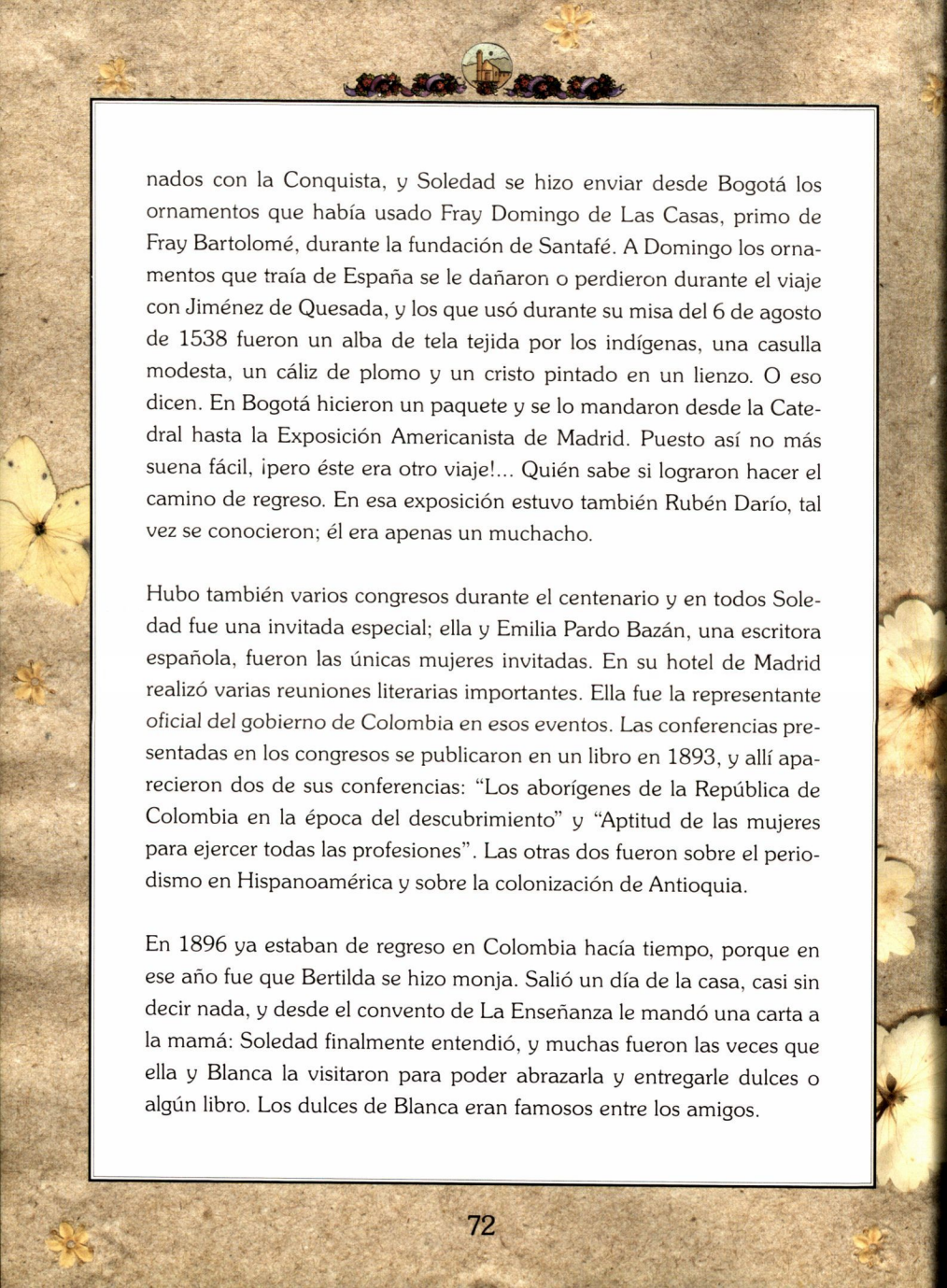
# SIETE



## OCHENTA AÑOS

**P**oco después de la muerte de José María, Soledad decidió irse un tiempo para Europa con sus hijas. Este era su tercer viaje, y ahora iba con dos hijas, de treinta y dos y veintiséis años. No iba con su padre, no iba con Pepe, tampoco su madre estaba ya.

En Sevilla las cogió el cuarto centenario del descubrimiento. Era el año de 1892 y Soledad estaba investigando en los archivos algunos datos que necesitaba para el libro que estaba escribiendo, *Lecciones de la historia de Colombia*. Hubo una gran exposición en Madrid de objetos relacio-



nados con la Conquista, y Soledad se hizo enviar desde Bogotá los ornamentos que había usado Fray Domingo de Las Casas, primo de Fray Bartolomé, durante la fundación de Santafé. A Domingo los ornamentos que traía de España se le dañaron o perdieron durante el viaje con Jiménez de Quesada, y los que usó durante su misa del 6 de agosto de 1538 fueron un alba de tela tejida por los indígenas, una casulla modesta, un cáliz de plomo y un cristo pintado en un lienzo. O eso dicen. En Bogotá hicieron un paquete y se lo mandaron desde la Catedral hasta la Exposición Americanista de Madrid. Puesto así no más suena fácil, ¡pero éste era otro viaje!... Quién sabe si lograron hacer el camino de regreso. En esa exposición estuvo también Rubén Darío, tal vez se conocieron; él era apenas un muchacho.

Hubo también varios congresos durante el centenario y en todos Soledad fue una invitada especial; ella y Emilia Pardo Bazán, una escritora española, fueron las únicas mujeres invitadas. En su hotel de Madrid realizó varias reuniones literarias importantes. Ella fue la representante oficial del gobierno de Colombia en esos eventos. Las conferencias presentadas en los congresos se publicaron en un libro en 1893, y allí aparecieron dos de sus conferencias: “Los aborígenes de la República de Colombia en la época del descubrimiento” y “Aptitud de las mujeres para ejercer todas las profesiones”. Las otras dos fueron sobre el periodismo en Hispanoamérica y sobre la colonización de Antioquia.

En 1896 ya estaban de regreso en Colombia hacía tiempo, porque en ese año fue que Bertilda se hizo monja. Salió un día de la casa, casi sin decir nada, y desde el convento de La Enseñanza le mandó una carta a la mamá: Soledad finalmente entendió, y muchas fueron las veces que ella y Blanca la visitaron para poder abrazarla y entregarle dulces o algún libro. Los dulces de Blanca eran famosos entre los amigos.



Muchísima pena me dio la carta que recibí de usted ayer; tanto por la que le he causado con mi ausencia como por los cargos que en ella me hace. En cuanto al de ser reservada con usted, piense, querida mamá, que en eso usted me ha dado ejemplo, porque tenemos caracteres muy semejantes y naturalmente reservados. En cuanto a lo de frialdad y despego, hace años que intencionalmente dejaba que así me creyeran ustedes, porque sabía que algún día daría el paso que hoy he dado, y pensaba que mientras más fría me vieran, menos falta les haría después. Espero, muy querida mamá, que no haya entre nosotras amarguras ni resentimiento; que mientras me dé el gran placer de venir a verme, cuente siempre con el cariño de su hija, que estrechamente la abrazó,

Bertilda



En 1902, cuando se fundó la Academia Colombiana de Historia, ella fue nombrada miembro honorario; seguramente tuvo mucho que ver en su fundación. Es por esto que el retrato de ella, del que les hablé antes, está en la sala de las reuniones plenarias de la Academia. Tenía casi setenta años. Durante todos esos años la acompañó su hija Blanca, la menor.

Escribió hasta el final de su vida, a pesar del reumatismo, y el Ministerio de Instrucción Pública le encomendó un manual para la enseñanza de historia en las escuelas y patrocinó la publicación de varios de sus libros. Insistía en que el primer deber del escritor en Hispanoamérica es el de dar a conocer sus países, haciendo que tanto sus habitantes como los extranjeros la amen y admiren, y por eso la respeten. Todo esto sin disimular virtudes ni defectos, porque hay que conocer no sólo las hazañas de los antepasados sino también sus faltas, para procurar no repetirlos o para imitarlos y agradecerles los sacrificios que hicieron por nosotros. Eran ideas que la habían obsesionado desde cuando niña su padre le contaba sobre las luchas de la independencia, desde esos días de 1854 en que pasaba horas en la oscuridad escuchando los cañonazos de la calle.



Fue una vida larga. Muchos fueron los cambios que vio. Vio nacer a José Asunción Silva, el hijo de su amigo Ricardo, y lo vio también morir; era casi de la misma edad que su hija Blanca.

Antes de morir Solita estuvo en Guaduas. Le gustaba quedarse conversando hasta tarde afuera, mirando la plaza; ya no se podía recostar en un taurete contra la fachada de la casa de la prima, pero Blanca le sacaba una mecedora. “Esto sólo puede hacerse en tierra caliente”, comentaba plácida, y no se dejaba meter a



los cuartos del fondo con las demás señoras mayores. Le encantaba dejar los vestidos pesados de Bogotá y salir a refrescarse al atardecer. Volvió a oír una de las canciones de Guarín:



*Surca, surca el mar undoso  
y hasta la blanca ribera,  
boga, boga, barquilla ligera  
que el amor espera allí.*

*Cruza, cruza, el azul transparente  
del céfiro acariciada  
que está mi dicha cifrada,  
mi barca querida, en tí.*

El atardecer se había convertido en noche, en “una noche como las que sólo se ven en los trópicos”, decía: serena, clara y llena de murmullos y de vida. Poco a poco la luna se levantó detrás de uno de los cerros. La brisa sacudía los árboles y el perfume de las flores le llegaba en ráfagas deliciosas. Por momentos cerraba los ojos y creía sentir también la brisa del mar. En las puertas y ventanas de las casas se veían grupos de mujeres vestidas de muselina blanca que salían a respirar el aire de la noche y que reían y cantaban con sus tiples y guitarras; sus voces le llegaban como desde lejos, y las de los niños que jugaban y corrían por la plaza. A veces se oía alguna bandola campesina que armonizaba con esa noche, apacible y suave.

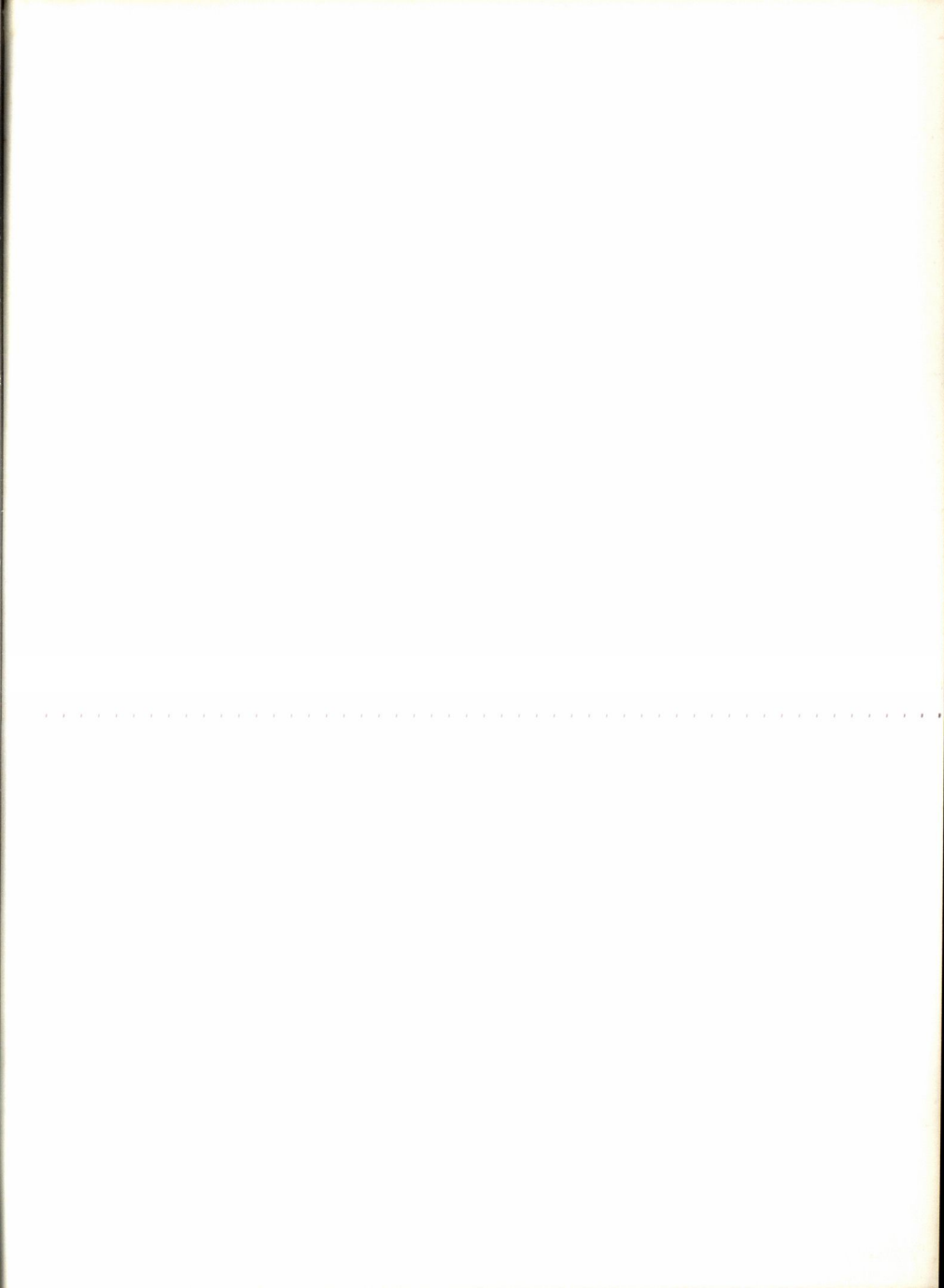
—¿Quieres que entremos ya, mamá?

Soledad no contestó. Estaba por cumplir los ochenta años.

# SERIE JUVENIL DE COLCIENCIAS

1. EL INVENTOR DE LUNAS  
Jairo Aníbal Niño
2. CLAUDE VERICEL. El amigo de los animales  
Celso Román
3. HUMBOLDT. El muchacho de la cruz del sur  
Gonzalo España
4. CISNEROS. El que comunicó con rieles las comarcas  
Pilar Lozano
5. JOSÉ MARÍA VILLA. El violinista de los puentes colgantes  
Pilar Lozano
6. CODAZZI. El siete leguas  
Beatriz Caballero
7. LINO DE POMBO. El sabio de las siete esferas  
Germán Espinosa
8. MUTIS. El sabio de la vacuna  
Gonzalo España
9. MANUEL ANCÍZAR. Una peregrinación por los campos de la memoria  
Yolanda Reyes
10. ALEJANDRO LÓPEZ. A la medida de lo imposible  
Irene Vasco
11. JULIO GARAVITO. De Colombia a la luna  
Sandro Romero
12. JOSÉ JERÓNIMO TRIANA. El caballero de las flores  
Santiago Díaz Piedrahíta
13. EZEQUIEL URICOECHEA. El niño que quería saberlo todo  
Celso Román
14. FEDERICO LLERAS ACOSTA. La guerra contra lo invisible  
Germán Espinosa
15. PAUL RIVET. Estudioso del hombre americano  
Antonio Orlando Rodríguez
16. J.B. BOUSSINGAULT. El padre de la agricultura moderna  
Gonzalo España
17. PIERRE BOUGUER. El maestro del sabio  
Gonzalo España
18. MANUEL URIBE ÁNGEL. El médico y geógrafo que amó a su país  
Pilar Lozano
19. MAURICIO OBREGÓN. Navegante de mar y cielo  
Yolanda Reyes
20. VIRGINIA GUTIÉRREZ. Observadora silenciosa, maestra apasionada  
Carlos Andrés Barragán
21. SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER. Una historia entre buques y montañas  
Carolina Alzate
- Próximo a salir:
22. ERNESTO GUHL. El trotamundos que acudió a desciframos  
Gonzalo España







Carolina Alzate es profesora de literatura y lectora apasionada de nuestro siglo XIX. Descubrió a Soledad Acosta gracias a una gran amiga, Monserrat Ordoñez.

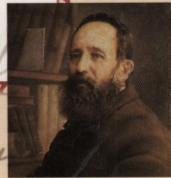
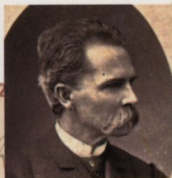
Carolina lleva varios años estudiando a esta autora, los personajes que la rodearon y la época que hizo posible su escritura. Un personaje a quien, sobre todo, lo definen los viajes y los libros.



Este libro cuenta una de las posibles historias de vida de Soledad Acosta de Samper (1833-1913), la primera mujer escritora, periodista e historiadora colombiana. Una mujer que adoraba su país, que gozó sus ríos y sus montañas y que escuchó las cosas que sus hombres y sus mujeres tenían para contar.



Viajera, hija de un patriota de la Independencia y contemporánea de Isaacs y de Núñez, vivió con compromiso e intensidad una de las épocas más interesantes de nuestro país.



ISBN 958-8130-36-0



Centro de Documentación

